

Historia de las emociones para una nueva era: cuidados, riesgos y esperanzas

Estela Roselló Soberón

Estela Roselló Soberón es doctora en Historia por El Colegio de México. Investigadora de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, investigadora asociada del Centro de Ciencias de la Complejidad C3 de esa misma universidad y profesora en la Facultad de Filosofía y Letras. Sus líneas de investigación en historia cultural abordan la historia de las mujeres, del cuerpo, de las emociones y de la otredad. Es coordinadora del Seminario de los Cuidados para la Vida y el Bien Común en el C3 y co-coordinadora del Seminario de Historia de las Emociones en el Instituto de Investigaciones Históricas. Interesada en la difusión y la divulgación de la historia, es autora de varios libros de texto para la enseñanza de la historia a nivel secundaria, coordinadora y autora de una colección de historia de la vida cotidiana para niños, así como de un par de novelas históricas infantiles. Preside la Sociedad Iberoamericana de la Historia de las Emociones y la Experiencia.

Entre sus publicaciones más recientes se encuentran *Melancolía y depresión en el tiempo: cuerpo, mente y sociedad en los orígenes de una enfermedad emocional* y *Enfermar y curar: historias cotidianas de cuerpos e identidades femeninas en la Nueva España*. Actualmente tiene especial compromiso con impulsar la agenda de los cuidados del medio ambiente, la paz, la dignidad humana, la salud mental y emocional.



INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS





**Historia de las
emociones
para una nueva era:
cuidados, riesgos
y esperanzas**



INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

SERIE HISTÓRICAS COMUNICACIÓN PÚBLICA, 12
COLECCIÓN DEBATES Y HERRAMIENTAS



INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Historia de las emociones para una nueva era: cuidados, riesgos y esperanzas

Estela Roselló Soberón



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO, 2023

Roselló Soberón, Estela, autor.

Historia de las emociones para una nueva era : cuidados, riesgos y esperanzas / Estela Roselló Soberón.

Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2023. | Serie: Serie históricas comunicación pública ; 12. | Serie: Colección debates y herramientas.

LIBRUNAM 2224726 | ISBN 978-607-30-8467-3

Emociones — Aspectos sociales — Historia. | Sucesos vitales. | Historia social. | Pandemia de COVID-19, 2020- — Aspectos sociales.

LCC BF535.R67 2023 | DDC 152.4—dc23

Coordinación de la Serie - Equipo de trabajo de Comunicación Pública de la Historia

Elisa Speckman, Mari Carmen Sánchez Uriarte

Ónix Acevedo Frómata, Pedro Marañón Hernández

Coordinación de la Colección Debates y Herramientas

Ónix Acevedo Frómata y Pedro Marañón Hernández

Cuidado de edición

Ónix Acevedo Frómata

Concepto gráfico de la Serie, diseño, formación y portada

Ónix Acevedo Frómata

Selección iconográfica de interiores

Luz Angélica Camacho

Primera edición: 2023

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria

Coyoacán, 04510. Ciudad de México

ISBN 978-607-30-8467-3

Imagen de portada: Huipil maya, 72 x 124 cm, formado por dos piezas, ca. 1980. Fotografía de Hubertl. Wikimedia Commons, CC-BY-SA 4.0.

[https://es.wikipedia.org/wiki/Textiles_mayas#/media/Archivo:Huipil_San_Antonio_Aguas_Calientes_Front_3.JPG]

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México

CONTENIDO

9 BREVES ADVERTENCIAS PARA EL LECTOR

I

11 CUIDAR: UNA INVITACIÓN DESDE LAS SENSIBILIDADES DEL PASADO

II

19 LA HISTORIA DE LAS EMOCIONES EN NUESTRA ERA

III

25 UN BREVE RECUENTO HISTÓRICO

IV

29 MÉTODOS, PREGUNTAS Y FUENTES

V

43 RIESGOS Y VULNERABILIDADES: NUEVA CONSCIENCIA SENSIBLE EN UN MUNDO POSPANDÉMICO

VI

51 CUIDADOS Y RESILIENCIAS: DIÁLOGOS ENTRE EL PASADO Y EL PRESENTE

VII

57 EL CUIDADO EN LA HISTORIA DE LAS EXPERIENCIAS SENSIBLES: EL TRAZO DE UNA PRIMERA RUTA

78 A MANERA DE CONCLUSIÓN

81 GLOSARIO DE TÉRMINOS ÚTILES EN EL CONTEXTO

84 AUTORES MENCIONADOS Y BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA



INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

BREVES ADVERTENCIAS PARA EL LECTOR

En décadas recientes, el estudio de las emociones y las experiencias afectivas de las personas ha cobrado cada vez mayor interés entre los historiadores de muchas regiones del mundo. Influidos por su diálogo con antropólogos, sociólogos, críticos literarios, investigadores de estudios culturales y expertos en neurociencias, los especialistas en el estudio del pasado han caído en la cuenta de la importancia de la dimensión sensible, sensorial, afectiva y emocional en la experiencia humana de cualquier época y geografía. Esta obra tiene el propósito de invitar a sus lectores a introducirse en esta perspectiva de la historia cultural desde un llamado a rescatar nuestros vínculos de cuidados mutuos, así como nuestra capacidad de resiliencia y de volver a imaginar y sentir esperanza.

Inspirado en el deseo de tender puentes entre el pasado y el presente, el libro brinda una breve revisión historiográfica para comprender los orígenes de esta mirada histórica sensible, así como para rastrear algunos conceptos teóricos y metodológicos básicos para hacer historia de las emociones y de la experiencia en el siglo XXI. Al mismo tiempo, la obra plantea preguntas y reflexiones para despertar el interés, la imaginación, la creatividad y la curiosidad histórica de quienes comparten la convicción de que es posible –y necesario– poner el conocimiento académico al servicio de nuestras sociedades contemporáneas, ávidas de enfrentar los riesgos que las amenazan. Reconocer que los seres humanos somos y hemos sido siempre vulnerables es el primer paso para recuperar el valor y la necesidad de cuidarnos, de cuidar a los otros y de cuidar el medioambiente en el que habitamos. Este libro es una invitación a hacerlo, desde la historia de las emociones y la experiencia.

La obra se divide en ocho apartados temáticos que parten de un episodio histórico aparentemente lejano en el tiempo, pero muy cercano en cuanto a las experiencias sensibles a las que hemos estado expuestos a partir de la pandemia de covid-19. La evocación a la atmósfera emocional que rodeó a las personas que padecieron la peste bubónica del siglo XIV es sólo el pretexto para iniciar la conversación con el lector curioso. A partir de ese momento, los apartados se concentran en desarrollar el argumento de la importancia que tiene poner en el centro de nuestra atención el cuidado y la esperanza en la vida humana, y en proponer un camino para hacerlo desde la investigación histórica de las emociones y la experiencia. El libro concluye con un breve glosario de conceptos y términos que aparecen a lo largo del texto, muchos de los cuales fueron acuñados por los historiadores pioneros en esta aproximación teórica metodológica sensible. Si bien algunas definiciones son paráfrasis o glosas de las definiciones de dichos autores, en algunos casos incluyen frases textuales o muy cercanas a las expuestas por los mismos. En todo caso, se trata de traducciones y de definiciones que han sido ligeramente modificadas a partir de mi comprensión e interpretación de dichos conceptos y, sobre todo, a partir del uso que les he dado en este libro.

I CUIDAR: UNA INVITACIÓN DESDE LAS SENSIBILIDADES DEL PASADO

No se sabe a ciencia cierta en qué lugar de la península itálica escribió Giovanni Boccaccio su gran *Decamerón*, la primera colección de cuentos en lengua vernácula de la historia de la literatura universal. Es posible que lo haya hecho en algún pueblecito cercano a Florencia o quizás en su natal Certaldo, probablemente entre 1349 y 1351. Lo cierto es que, con su obra, el gran escritor y poeta admirador de Dante Alighieri, saludaba a una Europa devastada por una de las peores mortandades de la historia de la humanidad, aquella Europa que transitaba entre épocas históricas, en medio de guerras, hambrunas, crisis papales y anhelos de reformas eclesiásticas y religiosas. En el horizonte de esos días no se vislumbraba mucho más que caos, confusión e incertidumbre.

En medio de ese convulso siglo XIV, la experiencia de la pandemia –conocida como Peste Negra– de 1348 habría de transformar por completo, no sólo la demografía tardo medieval, sino también el universo sensible con que los hombres y mujeres del Viejo Mundo habían interpretado, traducido y dado sentido a su vida y existencia hasta ese momento. La convivencia cotidiana con el miedo, el dolor, la pérdida, la muerte y el duelo se vivió dentro de una atmósfera emocional particular, en la que la presencia constante del riesgo originó necesidades de cuidado, las que a su vez se tradujeron en complejas acciones, vínculos y relaciones afectivas a veces generadoras de inequidad, abusos y engaños, pero también proveedoras de resiliencia, solidaridad y esperanza.

Empieza así Boccaccio la introducción de su famoso libro: “Humana cosa es tener compasión de los afligidos, y aunque aquellos que ya han tenido menester de consuelo y lo han



Andrea del Castagno, *Giovanni Boccaccio*, del ciclo *Gente Famosa*, ca. 1448.
Fresco Galleria degli Uffizi, Florencia. Obra de dominio público

encontrado en otros [...] si hubo de él alguien necesitado o le fue querido o ya de él recibió el contento, me cuento yo”. Seguramente, como tantos de sus contemporáneos, este autor sufrió la muerte de muchos amigos y seres queridos a causa de la pestífera enfermedad. Sin duda, como otros, Boccaccio experimentó desolación, tristeza e incertidumbre frente a los efectos aterradores de la muerte negra. Sin embargo, curiosamente, en estas primeras líneas de su colección de relatos, el autor toscano se refería al sufrimiento generado no por la peste, sino por el mal de amores que había padecido en repetidas ocasiones a lo largo de su vida. En todo caso, no es casual que el creador de la divertida *Fiametta* haya elegido empezar su obra

con una alusión a la aflicción y a la necesidad humana de compasión y consuelo, en tiempos plenos de soledad, incertidumbre y angustia. Y es que, en realidad, frente a estas desoladoras emociones, Boccaccio ofrecía una colección de cuentos donde sus lectores, y más específicamente lectoras –a quienes el autor describía como seres especialmente susceptibles a los pesares amorosos– encontrarían “socorro, ayuda y refugio”, elementos emocionales todos indispensables para sobrevivir en tiempos de agitación, peligro y amenaza.

Solo para recordar: la famosa colección de cuentos del poeta toscano inicia con la invitación de siete jóvenes aristócratas de la ciudad de Florencia a tres muchachos que se encuentran un martes en la iglesia de Santa María la Nueva. Allí, Pampinea y sus amigas tienen la idea de huir de una ciudad atestada de muertos en las calles y gritos de sufrimiento de cientos de enfermos, que en sus casas aguardaban sin remedio su fin. Frente al aterrador panorama cotidiano, estos diez jóvenes decidieron refugiarse en una hermosa villa de campo, a las afueras de la ciudad, para olvidarse del dolor de la epidemia y entregarse a los placeres de la escucha de diez narraciones diarias que, día a día, devolvieron el gozo, la alegría y las ganas de vivir a este curioso grupo de amigos, hoy famosos. En todo caso, el autor de tan memorable obra inicia la misma con un proemio que evoca el origen y el periodo de la funesta y pestífera mortandad, un escenario horroroso, lleno de lágrimas y suspiros, que Boccaccio recreaba de esta manera:

Al iniciarse la primavera del año anterior, comenzó la peste sus horribles efectos, apareciendo de una manera casi milagrosa. Pero no ocurría como en Oriente, donde el verter sangre de la nariz era signo de muerte inmediata, sino que aquí, al empezar la enfermedad, salíanles a las hembras y a los varones unas hinchazones en las ingles y los sobacos que a veces alcanzaban el tamaño de una manzana común, o bien como un huevo, unas más mayores que otras. Vulgarmente se las denominaba bubas. Las mortíferas inflamaciones iban surgiendo por todas partes del cuerpo en poco tiempo, y seguidamente se convertían en manchas negras

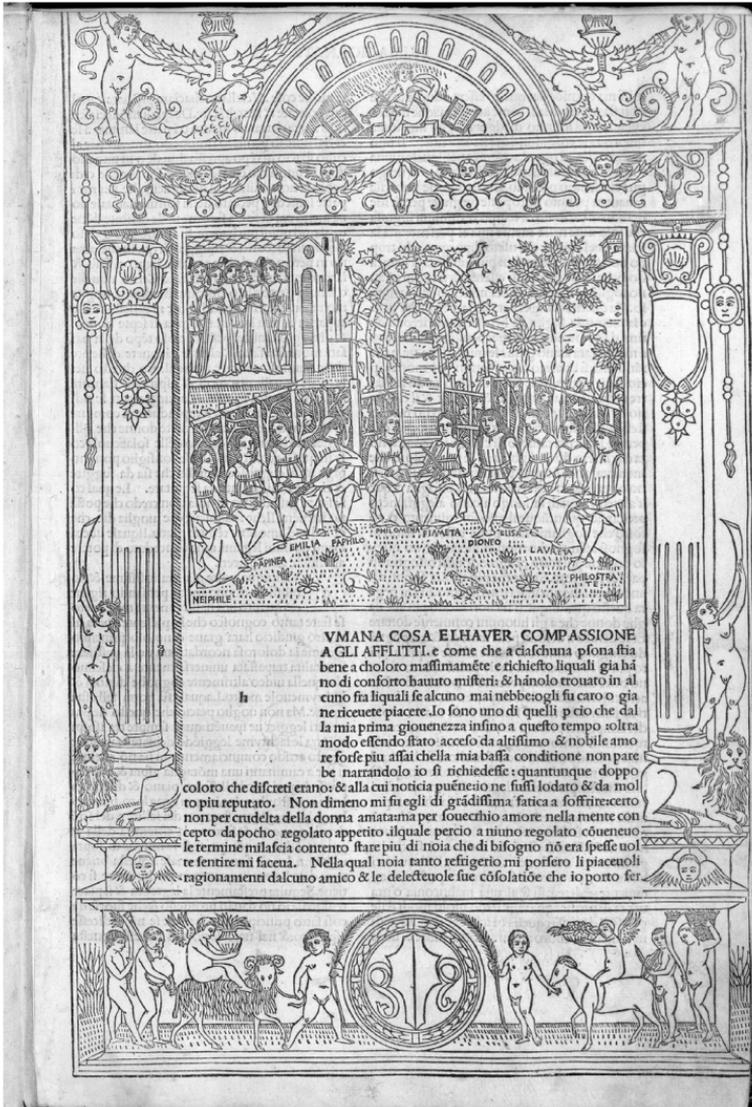


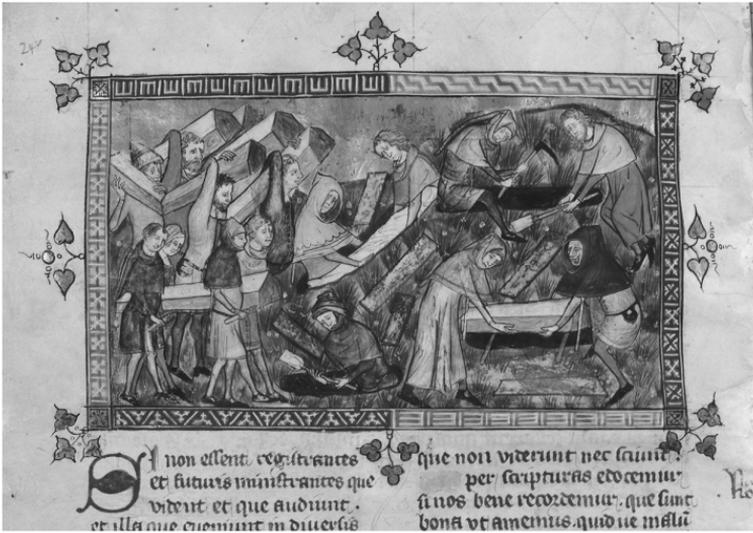
Ilustración de la II edición de *El Decamerón* de Giovanni Boccaccio publicada en Venecia ca. 1492. Escrito entre 1351 y 1353, narra la historia de diez jóvenes (tres hombres y siete mujeres) quienes se retiran a una villa alejada de la ciudad para escapar de la peste que asoló la ciudad de Florencia en 1348.

Durante catorce días se relatan cuentos diariamente, excepto los viernes y los sábados (diez en total, de ahí el título de la obra). Cada día uno de los jóvenes actúa como 'rey' y decide el tema sobre el que tratarán los cuentos (excepto los días primero y noveno, en los que los cuentos son de tema libre).

En total, se cuentan 100 relatos, de desigual extensión.

La imagen es obra de dominio público

o lívidas que surgían en brazos, piernas y demás partes del cuerpo, grandes y diseminadas, o apretadas y pequeñas. Y así como el bubón primitivo era signo, y aún lo es, de muerte inmediata, también éranlo esas manchas. Para curar tal enfermedad no parecían servir el consejo de los médicos ni el mérito de medicina alguna, ya porque la naturaleza del mal no lo consentía, o bien, a causa de la ignorancia de los médicos... Y así, no sólo eran raros los que se curaban, sino que casi todos, al tercer día de la aparición de los antedichos signos, cuando no antes o algo después, morían sin fiebre alguna ni otro accidente. Esta peste cobró una gran fuerza; los enfermos la transmitían a los sanos al relacionarse con ellos, como ocurre con el fuego a las ramas secas, cuando se les acerca mucho. Y el mal siguió aumentando hasta el extremo de que no sólo el hablar o tratar con los enfermos contagiaba enfermedad a los sanos, y generalmente muerte, sino que el contacto con las ropas, o con cualquier objeto sobado o manipulado por los enfermos, transmitía la dolencia al sano. Estas cosas, y otras parecidas o peores, produjeron mucho miedo e imaginaciones entre los que conservaban la vida. Casi todos tendían a un único fin: apartarse y huir de los enfermos y de sus cosas; obrando de esta manera creían mantener la vida. Algunos pensaban que vivir moderadamente y guardarse de todo lo superfluo ayudaba a resistir tan grave calamidad, y así, reuniéndose en grupos, vivían alejados de los demás, recogiendo en sus casas, recluyéndose en los sitios donde no había ningún enfermo, y disfrutando de la música y otros sensatos placeres que tenían a la mano. Otros, de parecer contrario, pensaban que gozar, beber mucho y vivir solazándose, satisfaciendo todos los apetitos que tenían a su alcance, riendo y mofándose, era la medicina precisa contra el mal. Y lo que pensaban, poníanlo en práctica según sus medios; se pasaban el día y la noche de taberna en taberna, bebiendo sin parar y excediéndose en todo lo que les agradaba. [En realidad, todo aquello no era sino resultado del espanto producido por aquella enfermedad; el hermano abandonaba al hermano, el tío al sobrino, la hermana al hermano, y a menudo la mujer al marido; y (lo que es más grave,



Piérart dou Tielt, *Peste à Tournai* en Gilles li Muisis, *Antiquitates Flandriae*
 (*Tractatus quartus*), 1349-1352, fol. 24 v.
 Bibliothèque royale de Belgique © KIK-IRPA, Bruselas

y casi increíble) los padres y las madres procuraban no visitar ni atender a los hijos, como si no fuesen suyos. Por todo esto, siendo incalculable la multitud de hombres y mujeres que enfermaban, no tenían más remedio que recurrir a la caridad de los amigos (de los que había pocos)...

No hace falta mucha ciencia para encontrar enormes ecos y coincidencias entre la experiencia emocional descrita por Boccaccio en el siglo XIV y esa atmósfera sensible en la que hemos vivido las personas al inicio de los años veinte del siglo XXI a causa de la pandemia de covid-19. Están en aquel relato no sólo el miedo al contagio y a la aterradora inminencia de la muerte, sino también la desconfianza hacia los otros, los deseos de escapar, de entregarse al gozo inmediato, así como la búsqueda de aislamiento en aras de procurar una sensación de seguridad. No cabe duda de que todas estas son experiencias emocionales compartidas por nosotros hoy en día.

No obstante las similitudes que podemos percibir entre lo que sentían nuestros congéneres florentinos en el siglo XIV y

lo que hemos vivido estos años recientes los habitantes del mundo global, lo cierto es que las emociones de ellos y las nuestras, a pesar de todo, fueron muy diferentes. Es verdad que, como ellos, hemos experimentado el riesgo de la enfermedad; también, que temimos a la muerte más que nunca y que, mientras algunos decidimos –y tuvimos la opción– de resguardarnos de la amenaza cotidiana en que se convirtió el mundo refugiándonos en nuestras casas, otros eligieron –o se vieron obligados– a salir para buscar cierta certeza en lo único que podía brindarla y que no era otra cosa que vivir en el presente y en la dimensión de la inmediatez. Al mismo tiempo, como nosotros, Boccaccio y sus contemporáneos encontraron consuelo en la ayuda mutua y hayaron alivio en la compasión y el socorro que les brindaron amigos y vecinos. Durante nuestra pandemia, también nosotros gozamos de este tipo de sosiegos solidarios. Sin duda, la posibilidad de contar con el cuidado de los otros y la posibilidad de brindarlo a quienes lo necesitaban, generó entonces –y ahora– fuertes sensaciones de comunión, tranquilidad y, por qué no decirlo de una vez con todas sus letras, de esperanza. Sin embargo, si bien la experiencia emocional de los habitantes de la ciudad renacentista acechada por la epidemia puede parecernos reconocible y similar a nuestra experiencia sensible de la pandemia, en realidad ambas fueron, sin duda, muy distintas. Y es que vivir la expansión de la Peste Negra o la de covid-19 forzosamente tuvo significados culturales muy diferentes a partir del contexto histórico, social, político y económico en que se experimentaron aquellas enfermedades. Porque las emociones, siempre, tienen y han tenido una historia. Porque por extraño que parezca, éstas no son experiencias universales estáticas, ni mucho menos esenciales. Por el contrario, las emociones son particulares, dinámicas y se viven a partir de significados muy específicos que obedecen a construcciones culturales propias de cada época y cada sociedad.



La pandemia de covid-19 afectó de manera desproporcionada a la población de adultos mayores. Las transiciones demográficas y epidemiológicas actuales en latinoamérica requieren que cambiemos la forma en que tratamos y respondemos a las necesidades de nuestras personas mayores, especialmente en situación de emergencia (Organización Panamericana de la Salud).

Anciano con respirador en una cama de hospital. Freepik

II

LA HISTORIA DE LAS EMOCIONES EN NUESTRA ERA

Vivimos en un mundo convulso, incierto, en el que todo parece estar en movimiento: cambian nuestras identidades, las relaciones con nosotros mismos, con los que nos rodean, con el entorno, el medioambiente y con las otras especies; nuestras concepciones del poder y la autoridad, nuestras responsabilidades y derechos también se redefinen; al mismo tiempo, también se transforman nuestras ideas, valores y creencias en torno a la familia, a la vida en comunidad, al sentido de la libertad o de la individualidad. Y es que, en síntesis, somos testigos de un proceso de reorientación vital, en el que los seres humanos buscamos nuevos horizontes de sentido, nuevas rutas para el cambio y nuevos medios que nos permitan transitar hacia otro sitio, si bien aún desconocido. En dicha búsqueda son muchos quienes intentan emprender recorridos que nos alejen de los naufragios seguros, caminos que nos aparten de las violencias, del odio, la discriminación, la marginación y que, en su lugar, nos permitan imaginar la posibilidad de construir un mundo más incluyente, más justo, más equitativo, en el que haya un sitio digno para todos. Allí, en esa nueva búsqueda de sentidos y significados para reorientar la vida en el siglo XXI, es donde se inserta la importancia de hacer historia de las emociones y la experiencia.

Tal como ocurrió con la epidemia de Peste Negra en el siglo XIV, parecería que la pandemia de covid-19 es un nuevo parteaguas en la historia de la humanidad. En ambos casos, el contacto cotidiano y cercano con la enfermedad, la muerte, el dolor y la incertidumbre precipitó e intensificó muchos cambios económicos, políticos, sociales y culturales que ya comenzaban a vivirse tiempo antes de la emergencia de dichos fenómenos epidemiológicos. En esos contextos de

transformación y reorientación existencial, las experiencias sensibles cobraron gran importancia y adquirieron una presencia protagónica en todas las dimensiones de la vida humana. En nuestro caso presente, esto parece una obviedad.

Basta con pensar en cómo las sociedades contemporáneas que sufrieron o sufren todavía de covid y pos-covid-19 han vivido la resignificación de muchas emociones y sentimientos colectivos e individuales como el miedo, la tristeza, la soledad, la confusión o el dolor, pero también vale la pena poner atención a la manera en que en medio de esa desoladora realidad, la compasión, el amor a la vida, el deseo y la necesidad de la compañía del otro, la consciencia de las alegrías más pequeñas, íntimas y cotidianas, el alivio y la esperanza han cobrado nuevos sentidos y se han vivido de forma distinta a partir de la experiencia cultural de haber sobrevivido a una pandemia de tal envergadura. Articular un diálogo entre este presente emocional y otros pasados sensibles resulta una labor absolutamente indispensable cuando se piensa en encontrar herramientas de análisis y reflexión humanista y social útiles para resolver problemas económicos, políticos, sociales, culturales, espirituales y medioambientales que requieren nuestra atención urgente. En este contexto de emergencia vital, las emociones importan, e importan mucho.

En el presente ya no es una novedad señalar que las emociones son construcciones históricas, sociales y culturales. Hace tiempo que filósofos, historiadores culturales o antropólogos como Martha Nussbaum, Peter y Carol Stearns, Barbara Rosenwein, William Reddy o Michelle Rosaldo –por mencionar sólo algunos pioneros en el estudio de esta dimensión de la vida humana– dejaron muy claro que las emociones no son esencias, ni experiencias universales, sino que éstas se construyen y varían de sociedad en sociedad y de época en época. También que las emociones y su experiencia dependen de la subjetividad y de la agencia de cada sujeto que las vive. Es por ello que las emociones, hoy, son objeto de estudio de gran interés para humanistas y científicos sociales.

A partir del siglo XVII, el cartesianismo occidental colocó la percepción emocional de los seres humanos en un

lugar inferior a la interpretación racional de la vida. Bajo aquella mirada las emociones eran desordenadas, caóticas y perturbadoras; en cambio, la razón parecía una facultad siempre fría, aséptica y ordenada que supuestamente permitía observar la realidad de manera objetiva, comprenderla en su absoluta esencia y con ello, en principio, también controlarla. A pesar de la idea de la superioridad de la razón sobre la emoción –idea predominante en el Occidente a partir de la Edad Moderna– muchos filósofos de los siglos XVII y XVIII interesados en la teoría del conocimiento insistieron en la importancia que tenían las emociones en la aprehensión de nuestra realidad. Actualmente son muchos los historiadores de las emociones, antropólogos, sociólogos, filósofos y, por supuesto, los neurocientíficos que siguen a filósofos como Hume, Diderot o Rousseau, por mencionar sólo algunos, interesados en la función que tienen las emociones en nuestra comprensión del mundo, y que insisten, como ellos, en que éstas son herramientas cognitivas indispensables para descifrar, interpretar y apropiarnos de las realidades que nos rodean en la vida cotidiana.

Numerosos filósofos y estudiosos de las emociones desde las humanidades y las ciencias sociales han coincidido en que las emociones no sólo son respuestas fisiológicas o biológicas del cuerpo humano frente a ciertos estímulos externos, sino que éstas son una experiencia mental y espiritual que se nutre de recuerdos acumulados, de aprendizajes vividos y transmitidos de generación en generación, de valores, ideas y creencias que nos vinculan con otros, de sensaciones registradas y significadas en nuestros cuerpos, así como de formas de interpretar, ordenar y dar sentido a la vida y a la existencia. Es decir, las emociones se construyen a partir de una mezcla de elementos biológicos y corporales con otros elementos sociales, históricos, psicoculturales y subjetivos.

Ahora bien, hacer historia de las emociones implica, necesariamente, hacer historia del sentido común de una época y de una sociedad. Aquí nos referimos al concepto de sentido común en términos de lo que el antropólogo Clifford Geertz definió como esa dimensión de la cultura que hace que los

seres humanos que pertenecen a una misma comunidad actúen a partir de una interpretación compartida de la realidad.

De acuerdo con Geertz, el sentido común de una sociedad está compuesto por un conjunto de valores, ideas, creencias y representaciones simbólicas llenas de significado, que hacen posible enfrentar los problemas de la vida cotidiana de manera eficaz. Ciertamente, los sistemas sensibles con que cada sociedad o comunidad significa la experiencia cotidiana forman parte de esas respuestas culturales que hacen posible tomar decisiones de manera funcional, práctica e inmediata. En español existe la expresión “tomar una decisión con el estómago”, y esto se refiere, precisamente, a la idea de que hay decisiones que tomamos a partir de lo que “sentimos o intuimos”, a partir de la manera en que ese sentido común se ha interiorizado en nuestros cuerpos y en nuestras emociones a lo largo del tiempo y que, por lo tanto, no se piensa ni se pone en tela de juicio desde la razón.

Para muchos, el sentido común es todo aquello que se da por obvio, lo que no se discute porque se toma como algo sobrentendido, todo lo que parecería que no ha cambiado, ni cambia, a lo largo del tiempo. Sin embargo, los historiadores sabemos que el sentido común no es inmutable, ni universal y que cada sociedad, cada comunidad, cuenta con un sentido común distinto y propio que le permite ordenar, orientar y significar la vida de una manera particular. De acuerdo con lo anterior es posible afirmar entonces que el sentido común también es una construcción histórica y cultural, y que las emociones y las experiencias sensibles forman parte muy importante de él. Así, por ejemplo, muchas veces el sentido común se expresa en un sentimiento de horror hacia ciertas conductas moralmente inaceptables en una comunidad. Pensemos, más específicamente, en el ejemplo del asco que sintieron muchos conquistadores españoles del siglo XVI al encontrarse con las prácticas indígenas de canibalismo mesoamericano, que eran absolutamente contrarias al sentido común de las sociedades europeas de aquella época. O imaginemos, también, cómo a veces el sentido común de una sociedad se manifiesta en emociones alegres y gozosas ante

situaciones, costumbres o prácticas que la moral colectiva celebra y ve con beneplácito. En este caso, podemos pensar en el ejemplo del júbilo que habrían podido experimentar los padres de una mujer mexicana de las incipientes burguesías conservadoras del siglo XIX, que estuviera a punto de casarse por la Iglesia con un muchacho que ellos consideraran un “buen partido”.

Es decir, como elementos del sentido común, las emociones se vinculan con la ética de cada sociedad, son ellas las que muchas veces nos permiten dar un significado moral a la experiencia y, son ellas también las que hacen posible expresar los juicios de valor que surgen, precisamente, de nuestro sentido común. Así, por ejemplo, sentir miedo hacia algo o alguien obedece al cálculo de que ese algo es malo o está mal visto de acuerdo con el sentido común con el que ordeno la vida; del mismo modo, sentir simpatía por alguien o algo es porque esa persona, situación u objeto nos evoca lo que entendemos por bueno, atractivo o benéfico para nosotros o para nuestra comunidad. En cualquier cultura, las experiencias sensibles cobran significados a partir del lugar y la jerarquía que ocupan ciertos valores en el ordenamiento moral de la vida.

En resumen, las emociones no surgen en nuestros cuerpos, en medio de la nada. Si bien estas expresiones de sensibilidad pueden generarse a partir de reacciones químicas que nuestro cuerpo sufre al estar expuesto a ciertos estímulos externos, la experiencia emocional es mucho más compleja y se nutre de muchas otras realidades no biológicas. Es decir, todos podemos secretar adrenalina ante la presencia de un tiburón en medio del mar; oxitocina al comer un chocolate o al estar en presencia de la persona que amamos y entonces sentir placer; cuando vivimos angustia, nos puede doler el estómago a causa de la secreción de ciertos ácidos gástricos o incluso podemos percibir un hoyo en la panza cuando algo nos asusta, debido a que nuestro intestino cuenta con conexiones neuronales que reciben el mensaje de ciertos neurotransmisores que se activan ante el peligro. Sin embargo, estas respuestas fisiológicas están acompañadas siempre por una serie de experiencias psicoemocionales y psicocorporales

que obedecen, en realidad, a construcciones culturales, producto de historias y contextos particulares. No sólo ello, sino que toda emoción está llena de significado –o sirve para dar significado– a la construcción que la acaba de generar. En resumen: las emociones son experiencias complejas, no son esencias biológicas ni universales, sino que, por el contrario, son culturalmente diversas. Ellas además se transforman y evolucionan, es decir, tienen una historia y forman parte de la Historia.

III

UN BREVE RECUENTO HISTÓRICO

Recuerda Jan Plamper que el primero que llamó la atención sobre la importancia histórica de las emociones fue Tucídides, quien en su *Historia de la guerra del Peloponeso* señaló que atenienses y espartanos habían iniciado aquel conflicto movidos por sus pasiones. Muchos siglos más tarde, ya en el XVII de nuestra era, Baruch Spinoza insistió en el poder movilizador que tienen los afectos en la vida humana. Efectivamente, la palabra *emoción* viene del latín *emotio, emotionis*, que se deriva del verbo *emovere*, cuyo significado es mover. Sin duda, a lo largo de la historia, las emociones han fungido como agentes de movilización; la vida de los seres humanos se ha transformado a partir de experiencias emocionales, sentimentales, afectivas y pasionales que han producido transiciones o cambios de un estado vital a otro. Además, a lo largo del tiempo, el movimiento generado por la experiencia sensible ha tenido efectos muy importantes en la construcción de identidades, relaciones sociales, vínculos personales, representaciones simbólicas y códigos culturales con los que organizamos la vida y la existencia. Pensemos, por ejemplo, en el efecto movilizador del hartazgo de los siervos rusos que se levantaron contra el zar en 1917 o en el orgullo gay que ha fungido como pieza clave en la construcción de las identidades sexo disidentes de la historia de los siglos XX y XXI.

Es decir, la experiencia emocional no ha sido periférica ni accesoria en la historia humana; por el contrario, las emociones siempre han tenido un lugar protagónico en los cambios y transformaciones que ha sufrido la vida de los seres humanos a lo largo del tiempo, y las experiencias sensibles han sido motor para la evolución de las sociedades. Ahora bien, no obstante la relevancia que han tenido las emociones en la



Lucien Febvre fue profesor en la Facultad de letras de la Universidad de Estrasburgo. Fundador de la Escuela de los Annales en 1929 junto con Marc Bloch, la que desarrolla una nueva historiografía interesada en los procesos y las estructuras sociales.
Imagen de la Bibliothèque Nationale de France, Gallica

experiencia de la humanidad, durante mucho tiempo los historiadores hicieron caso omiso de este hecho.

Tal como recuerda María Bjerg en su genealogía de la historia de las emociones, los primeros sociólogos en señalar la importancia que tenían los afectos en el devenir de las interacciones humanas fueron Georg Simmel y Max Weber a principios del siglo XX. Ya en la década de los años treinta, Norbert Elias puso en el centro de muchas de sus hipótesis la experiencia emocional y su peso en el proceso civilizatorio que le interesaba estudiar. Pero no fue sino en 1941, y en pleno desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, que el historiador francés Lucien Febvre planteó, por primera vez, una

invitación académica a todos aquellos estudiosos dedicados al oficio de historiar.

En su llamado a los historiadores, Febvre los conminó a girar la mirada hacia la dimensión afectiva de la vida en el pasado. En su artículo “La sensibilité et l’histoire: comment reconstituer la vie affective d’autrefois?”, el fundador de la Escuela de los Annales señaló la necesidad de “situar las emociones al centro de las investigaciones históricas”; esto, con el propósito de comprender mejor la manera en que los seres humanos de diferentes épocas y geografías han percibido las impresiones del mundo y los efectos que produce el afuera en nuestro interior subjetivo. Efectivamente, tal como sugería entonces el pionero en el estudio de las sensibilidades desde la historia, las emociones funcionan como una bisagra entre todo aquello que está a nuestro alrededor y todo lo que habita en nuestro yo interno. Por lo mismo, hacer historia de las emociones requiere, necesariamente, comprender a los sujetos históricos tanto en su individualidad, como en su contexto histórico y cultural.

De esta manera, a partir de la década de los años ochenta del siglo pasado, muchos historiadores culturales –sobre todo europeos y estadounidenses– retomaron con fuerza la invitación que Lucien Febvre les había hecho cuarenta años antes. En sus inicios, la historia de las emociones abrevó de la historia de las mentalidades, pero poco a poco se ha ido diferenciando de ella, cobrando una identidad propia. Al buscar los significados culturales ocultos en las experiencias sensibles humanas, los historiadores de las emociones construyen sus conceptos teóricos y metodológicos a partir del diálogo con la antropología, lo mismo que con otras disciplinas como la sociología, la literatura, la psicología y las neurociencias. Si bien en un principio, la historia de las emociones de Febvre –y de los primeros historiadores en escuchar su invitación– partieron de la reconstrucción del *utillage* mental (utilizando este concepto clásico del historiador francés) de las sociedades del pasado, paulatinamente los historiadores de las emociones han insistido en la importancia de salir de la mentalidad, para rastrear las prácticas y la cultura material que surgen y retroalimentan la experiencia sensible de los seres humanos

en cada época. También, como se verá más adelante, en últimos tiempos los historiadores de las emociones han puesto mayor atención a las historias del cuerpo, los sentidos y la experiencia.

Es interesante señalar que si bien entre 1980 y hoy el mayor desarrollo de la historiografía de las emociones se ha dado en diversas universidades de Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Australia y Finlandia, actualmente en España y América Latina se busca impulsar una historiografía de las emociones que incluya las problemáticas, particularidades y realidades sociales, económicas, culturales y políticas del sur global. Esto debido a que en sus inicios los vocabularios, conceptos, herramientas teóricas y metodológicas de esta corriente de la historia cultural se acuñaron y pensaron desde academias y grupos de investigación o universidades, en su mayoría angloparlantes, cuyas tradiciones históricas y culturales compartían una mirada del mundo que se corresponde con realidades más propias del Occidente y, sobre todo, del norte global. Hoy resulta cada vez más urgente enriquecer y ampliar la epistemología de los afectos y las sensibilidades históricas a partir de la inclusión de las miradas de otras regiones culturales que, desde sus especificidades, puedan dar cuenta de otros rincones y otras dimensiones de la experiencia humana, distinta, diversa y plural.

IV

MÉTODOS, PREGUNTAS Y FUENTES

Para Lucien Febvre, el historiador de las emociones tenía que hacer uso de habilidades metodológicas particulares en el abordaje del estudio de los universos sensibles del pasado. Es importante señalar que hacer historia de las emociones no es afirmar “que en el pasado las personas sentían muchas cosas”. Tampoco lo es realizar una lista de las emociones que uno encuentra en los documentos del archivo. Para historiar las emociones no basta con decir que las personas de una época amaban, odiaban, se sorprendían o se avergonzaban. La historia de las emociones cuenta con metodologías, conceptos teóricos y preguntas específicas que es necesario conocer y manejar para construir narrativas que privilegien la dimensión de lo sensible y, sobre todo, que permitan reconstruir y explicar los significados culturales que dieron sentido a las emociones de cada época, espacio o comunidad.

De acuerdo con Febvre, los interesados en hacer investigaciones históricas con perspectiva afectiva debían utilizar su imaginación intuitiva, pues sólo a partir de ella se podía reconstruir e historiar la vida sensible y las manifestaciones emocionales de otras épocas. Ciertamente, cuando se hace historia de las emociones, el investigador no puede recostar a sus sujetos históricos en el diván del psicoanálisis, preguntarles qué sienten, cómo o por qué, ni mucho menos estaría interesado en hacerlo. En su lugar, historiar las emociones requiere de poner atención a los discursos para nombrar las emociones, en los efectos relacionales que éstas tuvieron en diferentes contextos históricos, en las experiencias públicas y privadas en donde los cuerpos, las mentes y el ánimo de los sujetos históricos se vieron afectados por sensaciones y emociones específicas. Como es fácil suponer, todo esto requiere,

forzosamente, de hacer uso de la imaginación y de eso que Natalie Zemon Davis llamó suposición histórica.

Sin embargo, para la disciplina histórica, suponer nunca es inventar. Suponer históricamente lo que los sujetos sentían en el pasado, reconstruir cómo lo sentían y sobre todo, rastrear y explicar los significados ocultos detrás de esas experiencias sensibles, implica que los historiadores necesitan reunir indicios e información que haga verosímiles las suposiciones generadas a partir de la imaginación histórica. Cuando el historiador se da licencia para suponer es porque cuenta con suficientes elementos que hablan de la cultura material, prácticas, hábitos, conductas, vínculos o acciones que formaban parte del repertorio de posibilidades de una época, una geografía y una cultura en específico. Tal como ha señalado en alguno de sus artículos Juan Pedro Viqueira, no todo ha sido posible siempre, por lo tanto, los historiadores de las emociones deben identificar muy bien los límites de las experiencias sensibles que sus sujetos de estudio pudieron tener en un momento y un espacio determinados, y dejar fuera de dichos linderos aquello que no tenía condiciones de posibilidad en una época y geografía específicas.

Ahora bien, sin duda, en el caso de las historias de las emociones muchos especialistas tienen que recurrir a la suposición histórica para construir sus narrativas y explicaciones. Esto, porque son raros los casos en que un sujeto histórico dejó registrado explícitamente lo que sentía, cómo lo hacía o por qué tenía ciertas reacciones afectivas y no otras. De esta manera, el historiador de las emociones debe desarrollar su intuición y su propia sensibilidad para leer las fuentes de otra forma, y se ve obligado a poner atención a detalles a veces microscópicos o aparentemente triviales que pueden dar enormes pistas e información muy sugerente para la interpretación y el análisis histórico sensible. Un ejemplo: pensemos en la manera en que Bernal Díaz del Castillo registró la cantidad de lágrimas que se derramaron, tanto del lado de Hernán Cortés, como del de Moctezuma, en el momento de los primeros encuentros entre ambos personajes emblemáticos de la historia de México. Cuando uno se interesa en la reconstrucción

de los significados culturales de los momentos de contacto entre dichos sujetos históricos desde la dimensión emocional, resulta interesante leer la famosa crónica del soldado del siglo XVI con preguntas propias de esta perspectiva historiográfica, como podrían ser: ¿qué habría significado presentarse ante “el otro” con una demostración emocional teatral de ese tipo? ¿Qué habrían significado tantas lágrimas o qué habría depositado cada cultura en esos diálogos políticos que acontecían en medio del llanto? ¿Qué mensajes se intentaba transmitir mediante esa demostración corporal de emotividad frente a ese “otro” recién conocido? En algunos de sus trabajos sobre la vida cotidiana en México, Pablo Escalante buscó contestar algunas preguntas parecidas, sin embargo, hoy también podríamos preguntarnos, ¿qué habría buscado Bernal al relatar aquellos pasajes históricos insertando esa lacrimógena retórica, seguramente significativa para sus propios lectores?

Como en toda investigación histórica, en el caso de las que se abordan desde la perspectiva de lo sensible, la empatía es un elemento de gran utilidad para leer e interpretar las fuentes del pasado y reconstruir las experiencias emocionales de otras épocas. Y aquí tomamos el concepto de empatía tal como lo ha definido Paolo Pagliai: “la capacidad de sentir *con el otro*”. En efecto, para el pedagogo italiano la empatía no es “ponerse en los zapatos del otro”, pues nadie puede ponerse realmente en los zapatos de alguien más; sin embargo, *sentir con el otro* sí que es una capacidad humana muy importante que, por otro lado, se puede aprender y desarrollar. De esta manera, uno de los elementos metodológicos imprescindibles para hacer historia de las emociones es, precisamente, leer las fuentes con empatía. Ahora bien, acompañar a los sujetos del pasado en la experimentación de sus emociones, sentimientos y afectos no es lo mismo que imponerles los nuestros. Si el anacronismo es el error más peligroso cuando se hace cualquier tipo de historia, en el caso de la historia de las emociones no sólo es peligroso porque puede dar pie a muchas mentiras y explicaciones falsas del pasado, sino porque además, puede resultar muy fácil y común caer en él.

Ciertamente, el exceso de empatía por parte del historiador hacia sus sujetos históricos puede provocar la identificación sensible absoluta del primero con los segundos, y así, el historiador puede llegar a suponer que lo que él siente hoy es lo mismo que sentían las personas objeto de su estudio en el pasado. De este modo, en lugar de acompañar, por ejemplo, a las brujas apresadas por el Santo Oficio de la Inquisición en su experiencia del miedo o la confusión que algunas de ellas pudieron experimentar ante la amenaza del tormento, y en lugar de desentrañar el porqué, cómo y qué habría significado para ellas sentir aquellas emociones en su contexto, para el historiador podría resultar más fácil depositar en dichas mujeres del pasado sus propios enojos, su posible sed feminista de justicia o su odio a los abusos de poder, desde una óptica contemporánea. Esto sería obviamente inaceptable.

Para evitar lo anterior es necesario recordar aquello que también señala Natalie Zemon Davies en la entrevista que diera a Denis Crouzet, y que dio origen a un espléndido libro titulado *Pasión por la historia*. Para Davies, reconocer la “otredad” de nuestros sujetos de estudio es una condición imprescindible cuando hacemos cualquier tipo de historia. En efecto, más allá de la enorme simpatía o empatía que podamos sentir por las personas que estudiamos, los historiadores debemos partir de que éstas eran diferentes a nosotros; de que los sujetos históricos vivían en condiciones y contextos distintos a los nuestros. Es decir, que los historiadores de las emociones debemos reconocer la otredad de los hombres y mujeres de otras épocas y geografías históricas para darles una voz propia y, con ello, poder reconstruir su forma de vida, su manera de pensar, de organizar la existencia, de vincularse, de ordenar el mundo y por lo tanto, de sentir.

De manera que otra de las herramientas metodológicas útiles para evitar los anacronismos es no caer en generalizaciones y poner mucha atención en mostrar los matices y la diversidad de las experiencias humanas sensibles a lo largo del tiempo. Habría que entender que en una misma época o geografía pueden coexistir diferentes espacios (públicos o privados), así como distintas comunidades emocionales –para

usar el término clásico de Barbara Rosenwein– en donde las percepciones del mundo sean muy diferentes, a pesar de ser contemporáneas. Pongamos, por ejemplo, que los partisanos republicanos de la Guerra Civil española no percibían la realidad, ni sentían la vida exactamente igual a como la percibían o la sentían los seguidores de Francisco Franco. O que en algunas cosas sí, y en otras no. Poner atención a esas diferencias y explicarlas en su amplia complejidad es esencial al hacer historia de los universos sensibles de otras épocas.

Y es que, si como dice Juan Pedro Viqueira, los historiadores no estudiamos lo particular, sino lo específico, esto es aún más cierto para la historia de las emociones y la experiencia. Porque ciertamente, cuando se reconstruye el pasado emocional de una época o una sociedad, lo que se busca mostrar es, y una vez más, esto es una paráfrasis de Viqueira, “lo propio”, lo característico de una sociedad y de un contexto temporal. Por tanto, no basta con decir que en todas las sociedades los seres humanos han sido capaces de experimentar, por ejemplo, felicidad. Para hacer historias de la felicidad, es necesario rastrear cuáles fueron las experiencias y significados que llenaron de contenido específico a dicha emoción en cierto momento, en determinado grupo o sector, en una geografía y no en otra. Ciertamente hoy, la historia de la felicidad es uno de los campos más fructíferos para hacer historia de las emociones y la experiencia. Esto se debe a varios motivos, entre otros, el éxito que tiene la industria del *well-being* y el auge de los nuevos mercados de productos materiales, intelectuales, espirituales que ofrecen la posibilidad de alcanzar la felicidad a la medida de todos y cada uno de los habitantes de la aldea global. También, sin duda, las historias de la felicidad se han vuelto más relevantes a partir de la emergencia de nuevas necesidades y nuevas búsquedas para alcanzar estados de bienestar, paz interior, alegría, seguridad y tranquilidad en un mundo especialmente incierto, violento y difícil, como es el de las sociedades del siglo XXI.

En todo caso, ser feliz nunca ha significado lo mismo: ni para todos, ni en todos lados; mucho menos, en todas las épocas. Incluso, en un mismo periodo histórico y en una misma

sociedad, hubo caminos y experiencias disímboles para alcanzar el ideal –o los diferentes ideales– de felicidad. Así, por ejemplo, no era lo mismo el deseo de acceder a la felicidad eterna por parte de una monja capuchina, en un convento de la Ciudad de México, en el siglo XVIII; que el deseo de ser feliz en la vida cotidiana de una esclava mulata, que asistía un domingo a bailar el son del Chuchumbé con sus amigos en ese mismo siglo y en esa misma capital. Poner atención en la diversidad de experiencias de felicidad posibles en una misma sociedad, un mismo barrio o una misma comunidad, en el mismo momento histórico, es una forma de dar cuenta de la especificidad histórica de dicho lugar. Y ése es, precisamente, uno de los propósitos del historiador de las emociones: mostrar la riqueza de la experiencia humana, en toda su complejidad.

Por otro lado, preguntarse por los matices en los significados de las palabras con que ambas mujeres pudieron haber descrito sus experiencias gozosas, placenteras, jubilosas, alegres y dichosas sería otra de las tareas que el historiador de las emociones debería emprender con sumo cuidado. Reparar en esos pequeños matices de significado es lo que hace realmente posible entender de qué estaban hechas las múltiples experiencias contemporáneas de esas felicidades femeninas del siglo XVIII novohispano.

Hoy, las metodologías para hacer historia de las emociones son muchas. No hay una receta, ni un sólo camino, para rastrear y reconstruir de manera verosímil el pasado sensible de diferentes épocas y sociedades. Sin embargo, existen ciertas dicotomías epistémicas con las que el historiador de las emociones podrá encontrarse recurrentemente a la hora de hacer sus investigaciones. Así, muchos de los problemas metodológicos a los que se enfrente tendrán que ver con la oscilación entre lo corporal y lo mental; lo biológico y lo cultural; lo racional y lo irracional; lo colectivo y lo individual; lo comunitario y lo íntimo; lo subjetivo y lo externo; lo público y lo privado. Lejos de optar por uno de los dos conceptos de dichos binomios para construir las narrativas explicativas de los pasados sensibles que le interesan, el historiador de lo afectivo tendrá que “navegar”, por usar el término de William

Reddy, entre ambos polos, reconocer la existencia de las dos dimensiones y, sobre todo, tomar en cuenta la complejidad de los fenómenos afectivos, emocionales y sensibles del pasado. Esto es, aceptar las tensiones, contradicciones, ambivalencias y ambigüedades que forman parte de toda experiencia humana, y muy en especial, la afectiva.

Si bien las emociones son objeto de la historia en tanto su carácter social y cultural, lo cierto es que también lo son al tratarse de parte fundamental de la experiencia del yo interior, de la autoconsciencia y, sobre todo, de la intimidad. Durante mucho tiempo, la historia cultural mostró especial interés en la vida cotidiana de las sociedades en el pasado. Ya han transcurrido varias décadas desde que George Duby, Philippe Ariès y Michelle Perrot publicaran sus cinco volúmenes de la *Historia de la vida privada* en 1985. El interés de los historiadores que participaron en la conformación de aquella obra monumental volcaron su atención en la comida, el vestido, la vida familiar, los vínculos interpersonales, la cultura material dentro de la vida doméstica, el lugar de las mujeres o de los niños en las sociedades del pasado. En la actualidad, la historia de la vida privada se ha hecho aún más compleja, y el diálogo constante con la antropología, la psicología, las neurociencias, la medicina y los historiadores ha enriquecido mucho la mirada con la que hoy pueden reconstruirse los rincones más secretos y escondidos de la experiencia humana subjetiva e íntima.

Efectivamente, la dimensión de la intimidad es uno de los campos de estudio predilectos para los historiadores de las emociones. A diferencia de lo que se suele creer, la intimidad no es una experiencia exclusiva de las sociedades occidentales o “modernas”. La intimidad es una dimensión que ha estado presente a lo largo del tiempo, en muchas culturas que han habitado su yo interior o sus espacios más próximos a sensaciones y emociones personales, de diferente manera. La intimidad tiene que ver con los espacios internos, con las sensaciones más secretas, de los sujetos de todos los tiempos y geografías. En el caso de la historia del México prehispánico, la intimidad habría podido experimentarse a partir de aquellas emociones de trascendencia despertadas en un sacerdote a partir de los

lores del incienso de una ofrenda en algún templo, o en las emociones y sensaciones corporales de una mujer recién parida, auxiliada por una partera cómplice. A lo largo del tiempo, la intimidad ha abarcado todo aquello que los sujetos han experimentado en escenarios sensibles internos, en estados de conciencia profundos y no compartidos con otros, o en espacios de fuerte contacto entre el sujeto, su cuerpo y él mismo. El concepto de intimidad es de enorme utilidad para abordar la historia sensible de los seres humanos. Y es que las emociones se experimentan, en primer lugar, en el fuero interno de las personas. Más allá de sus manifestaciones externas o de lo que de ellas proviene del exterior, el amor, el miedo, la sorpresa, el dolor, la alegría, la vergüenza o el orgullo se viven *en y dentro* de los sujetos. En ese sentido, es posible afirmar que la intimidad es, precisamente, ese escenario interno en donde los sujetos están en pleno contacto con su yo, con su autopercepción y con su consciencia de ser. Es por ello que para muchos historiadores –como por ejemplo, George Morris– la intimidad es una categoría de análisis muy útil para hacer historia de las emociones, puesto que es allí donde las personas entran en relación con su cuerpo, sus afectos, algunas prácticas cotidianas y, yo añadiría, con su autoconsciencia.

La intimidad también habla de cercanía: con uno mismo, por supuesto, pero también con los otros que me rodean y a quienes yo permito entrar en contacto con lo más secreto y profundo de mi ser. Por ello, la categoría de la intimidad es útil para reconstruir el significado de muchos vínculos personales, así como de la naturaleza de las interdependencias afectivas entre las personas de una misma unidad doméstica, un hogar, una familia, un grupo o una comunidad. Es nuevamente George Morris, historiador británico, quien propone que por su maleabilidad, la categoría de intimidad es muy útil para reconstruir el significado de muchos tipos de vínculo emocional y afectivo como pueden ser la amistad, las relaciones de pareja que no caben en el matrimonio ni en la heterosexualidad, las dependencias entre madres e hijos, por mencionar algunos ejemplos.

El estudio de las experiencias históricas de intimidad requiere repensar la manera en que se han habitado los espacios,

explicar la forma en que los rincones de cada casa han cobrado vida, en que las habitaciones de cada hogar se han animado y han adquirido atmósferas propias. Son especialmente sugerentes y útiles al respecto las ideas de la espléndida antropóloga social Angela Giglia sobre el concepto de habitar y de habitabilidad de los espacios. Las normas de convivencia, las identidades que se gestan en los lugares públicos y privados donde realizamos nuestras actividades más cotidianas, la manera en que otorgamos significados emocionales a ciertas habitaciones, edificios, calles, plazas son todos objeto de estudio para los historiadores de la dimensión sensorial y afectiva. Es casi evidente decir que, para lograr explicar lo anterior, rastrear, describir y nombrar los objetos que han formado parte de la vida íntima y pública de las personas es, también, un elemento metodológico indispensable para la historia de las emociones.

Desde hace mucho tiempo, los historiadores culturales se han dedicado a rastrear la historia de los objetos, así como de los procesos mediante los cuales las cosas han adquirido valor y significado en cada cultura, en cada sociedad y en cada momento histórico específico. Fue en 1984 que Fernand Braudel publicó su impresionante obra *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII* para dar otra lección de inteligencia y erudición a los historiadores y ofrecer al público en general un libro fascinante en el que el padre de la Escuela de los Annales describía los cambios en los patrones de consumo, las modas, el lujo y la circulación de los objetos en los mercados globales entre los siglos XV y XVIII. Son muchos los autores que hoy siguen las huellas de Braudel y que insisten en la importancia que tiene estudiar la cultura material y los objetos de cada época cuando se hace historia de las emociones y de la experiencia. Detengámonos un momento en este punto.

A lo largo del tiempo, los seres humanos han producido objetos llenos de significados sensibles. Muchas fuentes escritas o visuales hablan de esas “cosas” que formaban parte de la vida cotidiana de las personas en el pasado, y de cómo éstas tenían un valor sentimental para aquellos que las poseían o buscaban poseer. Entre los objetos con mayor valor afectivo

que llegan a la mente de forma inmediata cuando se piensa en el pasado emocional de las sociedades, se encuentran, por ejemplo, todo tipo de amuletos o fetiches, cuyo valor ha radicado, precisamente, en que se trata de objetos no intercambiables por dinero, puesto que su valor radica en ser depositarios de afectos, sentimientos o emociones vinculadas con las experiencias de la protección, la felicidad o la suerte. Medallitas sagradas, osos de peluche, anillos, camafeos, por mencionar solamente algunos objetos con valor sentimental a lo largo del tiempo, han sido parte de los tesoros materiales que se han guardado en los cajones o los baúles de la intimidad durante siglos. Todos ellos son objetos de los que se pueden desprender historias sensibles útiles para reconstruir los afectos que las personas de cada momento y cada sociedad han depositado en las cosas que les rodeaban en su cotidianidad.

Además, las historias de los objetos van muy de la mano con las historias sensibles de los deseos, los anhelos y los sueños. Es así que muchas historias de las emociones interesadas en la experiencia de dichos afectos, se tejen en torno a las estrategias de publicidad y de mercadotecnia para producir necesidades afectivas que mueven a acciones para conseguir diferentes objetos. Sobre este tema, es indispensable citar el sugerente trabajo de Jo Labanyi, “Doing Things: Emotion, Affect and Materiality” de 2010, en el que la estudiosa estadounidense plantea el efecto que tienen las cosas sobre los seres humanos. Entre las investigaciones recientes más interesantes y sugerentes en este sentido, cabe recordar los trabajos que realiza la historiadora mexicana-rumano-estadounidense Miruna Achim en torno al jade.

Ahora bien, más allá de los antecedentes históricos del interés que tuvieron los fundadores de la Escuela de los Annales en hacer historia de los afectos, es importante señalar que el giro emocional de la historia cultural cobró verdadera fuerza en los años ochenta del siglo pasado, cuando Peter y Carol Stearns hablaron de la posibilidad de historiar los diferentes sistemas normativos que se han usado para controlar las emociones en cada época y cada sociedad. Frente a la propuesta de los Stearns, William Reddy y Barbara Rosenwein aportaron

nuevos conceptos teóricos y metodológicos muy importantes para emprender un nuevo camino epistemológico centrado en estudiar los regímenes y las comunidades emocionales del pasado. A partir de entonces los historiadores interesados en reconstruir los universos sensibles de otras épocas son cada día más e integran al campo de estudio nuevos conceptos y herramientas de análisis para abordar el tema.

Efectivamente, entre la década de los ochenta del siglo xx y hoy, los historiadores de las emociones han llamado la atención sobre los problemas metodológicos más comunes al hacer este tipo de historias: el uso de fuentes, las preguntas de estudio, los límites para reconstruir las realidades emocionales en el pasado, las relaciones entre subjetividad y cultura, naturaleza y sociedad, cuerpo y emoción, lo colectivo y lo individual, que como se ha señalado ya, son tema de discusión teórica para los especialistas en la materia. Si bien son muchos los retos a resolver en estos sentidos, todas estas preguntas abren interrogantes por contestar y muestran cómo el campo de lo sensible es tierra de grandes oportunidades para hacer historias novedosas, originales, que articulen narrativas y explicaciones de lo humano a partir de colocar a la emoción, el cuerpo y lo sensorial en el centro de la experiencia.

Hoy, las perspectivas de análisis de la historia de las emociones son diversas, los historiadores interesados en abordar el pasado de esta manera pueden rastrear diferentes dimensiones del fenómeno sensible entre los seres humanos desde lugares muy diferentes, que no necesariamente son contrarios, ni deben excluirse. Así, por ejemplo, muchos historiadores de las emociones que siguen a William Reddy y su interés en estudiar los *emotives* de cada sociedad han privilegiado el estudio de la historia de los discursos o de las palabras con que cada comunidad ha nombrado sus experiencias sensibles. Otros más han preferido poner atención a los hábitos, las conductas y las acciones cotidianas y, como Monique Scheer, han concentrado su atención en las prácticas cotidianas llenas de significados emocionales en cada época y geografía. Algunos, en cambio, han optado por privilegiar el estudio de las estrategias y mecanismos de comunicación de lo afectivo y se han

acercado más a los trabajos de Susan Matt, mientras que muchos otros historiadores actuales abren nuevos caminos para la historia de las emociones al insistir en las áreas de oportunidad que ofrece un concepto teórico de enorme utilidad como es el de experiencia. Entre los historiadores contemporáneos que exploran con más ahínco esta ruta epistemológica se encuentran Javier Moscoso y Rob Boddice.

Tal como lo han explicado estos dos últimos autores, el concepto de experiencia resulta cada vez más sugerente para historiar los universos sensibles del pasado, puesto que la experiencia ofrece una mirada más holística y dinámica de la vida humana. Y es que hoy los historiadores de la experiencia hacen hincapié en poner atención en el complejo entramado de emociones, sensaciones, ideas, prácticas, acciones, vínculos, percepciones y representaciones que se han ido acumulando a lo largo del tiempo; que se aprenden de generación en generación; que se guardan en las memorias subjetivas y colectivas; y que se reproducen a través del cuerpo, la mente y los sistemas bioculturales en que se enmarca cualquier manifestación de la vida de las personas.

En ese sentido, historiadores finlandeses como Ville Kivimäki, Antti Malinen y Ville Vuolanto han dado un paso más al recuperar el concepto clásico de las comunidades emocionales acuñado por Bárbara Rosenwein y han preferido hablar de comunidades de experiencia. De acuerdo con estos historiadores, las personas que pertenecen a una comunidad de experiencias sensibles compartidas generan vínculos y redes de interacción basadas en la idea o sensación de haber experimentado una misma emoción en un momento y geografía precisos.

Sin duda, cuando se hace historia de las emociones, uno de los primeros problemas a resolver es el de las fuentes, su lectura e interpretación. Ya se han mencionado aquí algunos caminos metodológicos, algunas preguntas y conceptos teóricos útiles para aproximarse a las evidencias –sean documentales o materiales– que requiere todo historiador de las emociones para realizar su investigación. Las fuentes para hacer historia de la experiencia sensible son muchas: inventarios

de objetos, crónicas, cartas, diarios de viajeros, imágenes, objetos y utensilios cotidianos que nos pueden ofrecer pistas e indicios de cómo era la vida en otros tiempos son sólo algunas de ellas. A decir de Katie Barclay –gran historiadora de las emociones de las infancias y de la familia en la Edad Moderna–, el historiador de lo sensible debe registrar no sólo la información explícita en los documentos, sino que debe leer aquellas huellas materiales sobre las evidencias. Así, por ejemplo, la historiadora plantea preguntas como ¿qué querrían decir los borrones de letras causados por una lágrima en una carta de amor? ¿qué dudas o miedos expresarían los tachones en el diario de alguno de nuestros sujetos de estudio?

También es Barclay quien insiste en que los historiadores interesados en aproximarse al pasado desde la perspectiva de los afectos, las emociones y las sensibilidades deben tomar en cuenta las subjetividades presentes en esas fuentes de otra manera, y no sólo desde las huellas personales como son la tinta o las lágrimas que quedaron en el papel de nuestros documentos. Tal como señala la autora de *Caritas: Neighbourly Love and the Early Modern Self*, las intenciones de los sujetos históricos siempre quedan impresas en las cosas y en los documentos producidos por personas con intereses, ideas, creencias y agendas específicas. Es decir, no hay fuentes históricas –escritas, visuales o materiales– que estén libres de esas subjetividades del pasado. En palabras de la historiadora de la Adelaide University, las fuentes históricas siempre son producción de ciertas realidades culturales, y no un reflejo objetivo de dichas realidades.

Por ello, los historiadores de las emociones deben poner atención en los mediadores presentes entre la producción de las fuentes y las experiencias sensibles que nos transmiten. Es decir, las fuentes nunca son radiografías o fotografías exactas de la realidad, sino representaciones discursivas, culturales, históricas y sociales de dichas realidades. De manera que habría que poner la lente en eso que la historiadora valenciana, Mónica Bolufer, ha llamado “la intimidad mediada” de los sujetos sensibles a historiar. Un ejemplo de lo anterior: cuando leemos un proceso de Inquisición para reconstruir el

universo emocional de un judío condenado por el Santo Oficio en la Nueva España, no podemos obviar quién es el personaje que escribe la descripción de las declaraciones de dicho condenado. Efectivamente, el oficial del Tribunal que redactó el documento tenía ciertas particularidades subjetivas que seguramente permearon su testimonio contra el acusado: su propia religión, sus propias culpas, sus propios prejuicios, odios, compasiones, dudas y certezas existenciales. El historiador de las emociones debe reparar en todo ello, pues solamente así podrá ser un buen intérprete de aquello que dicho mediador, entre el judío y él, quiso decir al describir los pormenores del proceso del cual puedan deducirse las emociones experimentadas por el propio acusado.

Hace ochenta años, cuando Lucien Febvre abrió la invitación a historiar las emociones, el autor de *La incredulidad en el siglo XVI* lanzó un amenazante presagio: mientras el mundo no contara con una historia del amor, del odio y de la muerte, la historia no tendría ningún futuro. Hoy, el mundo cuenta con muchas historias del amor y de la muerte, del miedo y de la crueldad. Si bien es cierto que nunca habrá suficientes historias que expliquen, desde diferentes contextos culturales, la experiencia de dichas emociones humanas, y si bien es verdad que cada una de las que esté por escribirse podrá plantear nuevas preguntas y nuevos problemas a reflexionar, también es un hecho que hoy la historia de las emociones y la experiencia tiene nuevos retos y nuevos caminos a explorar. Sin duda, en medio del mundo en que vivimos, esta corriente historiográfica puede ampliar su mirada para poner atención a muchas emociones cada día más presentes y relevantes en este presente de cambios, incertidumbres y redefiniciones culturales. Es aquí donde escribir historias sobre los cuidados necesarios para enfrentar los riesgos presentes –y, sobre todo, para preservar la vida y construir el bien común a lo largo del tiempo– surge como una de las rutas más sugerentes y atractivas de este campo de estudio.

V

RIESGOS Y VULNERABILIDADES: NUEVA CONSCIENCIA SENSIBLE EN UN MUNDO POSPANDÉMICO

Sentir es percibir el mundo y, como se ha señalado ya, la manera de percibirlo ha sido muy diferente en cada época y en cada sociedad, incluso en un mismo periodo histórico la diversidad de sensibilidades –es decir, de percepciones del mundo entre diversas comunidades emocionales contemporáneas– ha sido lo más común y frecuente. En ninguna época de la historia todos los seres humanos han sentido exactamente lo mismo; ni siquiera aquellas personas que viven en un mismo barrio, un mismo pueblo o una misma familia sienten siempre de la misma forma o las mismas cosas. Sin embargo, parecería que no obstante dichas diferencias en la interpretación emocional de la existencia, de una manera u otra los seres humanos de todos los tiempos y todas las etapas se han sentido alguna vez amenazados frente a distintos riesgos presentes a su alrededor y en su propio contexto histórico.

Cazadores recolectores intimidados frente a sus depredadores; agricultores de Mesopotamia temerosos del desbordamiento de los ríos; miembros de diversas tribus africanas amagados por sus enemigos guerreros; reyes de la Edad Media conscientes del peligro de las invasiones vikingas; campesinos otomíes presionados por pagar el tributo a los mexicas. En su momento, todos estos sujetos debieron percibirse a sí mismos como seres vulnerables, frágiles, cuya existencia se veía amenazada por algún peligro inminente. Sin duda, los riesgos que la humanidad ha vivido a lo largo de la historia son innumerables, pero más allá de su diversidad, y de las muy distintas reacciones emocionales frente a ellos, la experiencia histórica de las epidemias y pandemias ha provocado



Pieter Bruegel el viejo, *El triunfo de la muerte*, 1562-1563.
Museo Nacional del Prado. Obra de dominio público

emociones de alguna manera similares entre todos aquellos que las han padecido en cualquier lugar y momento.

En diferentes periodos de la historia, estas experiencias trágicas se han vivido a partir del universo sensible que les ha dotado de significados específicos. Sin embargo, lo que ha sido una constante en las experiencias históricas de vivir entre la enfermedad y la mortandad masiva es la transformación en la percepción que los seres humanos han tenido de sí, de su entorno, su sociedad y su existencia. Parecería que, en términos emocionales, las epidemias han sido siempre catalizadores de cambios civilizatorios importantes.

Nadie podría negar las obvias diferencias que existieron entre la experiencia de la peste en el siglo XIV y la pandemia de covid-19 en el XXI. Es obvio que el miedo a la peste bubónica que vivieron las poblaciones europeas del siglo XIV, en un mundo sin vacunas y sin las predicciones de la ciencia médica moderna no fue el mismo que el miedo que sentimos los seres humanos del siglo XXI frente al covid-19. En nuestras sociedades, la existencia de vacunas, la circulación inmediata de

información global en medios de comunicación digitales o los avances de la ciencia médica contemporánea condicionaron las experiencias sensibles de esta pandemia moderna. Tampoco fue igual, por cierto, la sensación de riesgo y amenaza que sentimos nosotros antes y después del lanzamiento de las vacunas contra el virulento mal contemporáneo.

Ahora bien, a pesar de las evidentes diferencias en las experiencias emocionales del miedo colectivo a la enfermedad, la muerte y la incertidumbre de los siglos XIV o XXI, lo cierto es que los habitantes de la aldea global pudimos sentir empatía hacia nuestros ancestros de la Edad Media, y encontrar enormes similitudes entre el universo afectivo y sensible en el que vivieron sus cuerpos y en el que lo hicieron los nuestros. En efecto, entre las experiencias emocionales que pudieron parecerse en ambos momentos históricos, podemos pensar en algunos ejemplos. Así, es posible que el gremio de médicos con máscaras de pico de ave, tan típicos en las representaciones pictóricas de la peste del siglo XVII, experimentara sensaciones similares a los profesionales de la salud actuales, metidos en los impresionantes trajes similares a los de astronautas, tan propios de los primeros momentos del covid. Sin embargo, mientras que para los primeros el riesgo de la enfermedad se asumía como consecuencia del pecado y como castigo divino, para los segundos, la presencia de este mal buscó interpretarse desde los postulados de la globalidad y de la ciencia moderna.

En todo caso, más allá de las diferencias y similitudes entre las experiencias sensibles de las epidemias entre el siglo XIV y el XXI, lo cierto es que ambas olas de enfermedad parecen haber sido un punto de inflexión en la historia de la humanidad. Nada fue igual después de la Peste Negra y todo apunta a que tampoco será lo mismo después del covid-19. En ambos casos el contacto cercano, cotidiano y constante con el riesgo tocó y movilizó a los seres humanos al recordarnos, o hacernos mucho más conscientes, de una condición común para todas y todos: nuestra enorme fragilidad. Tanto en el siglo XIV como en el XXI, la experiencia del dolor y la constante amenaza de la muerte abrió para los seres humanos un horizonte lleno



Grabado en cobre del Doctor Schnabel (Dr. Beak) un médico de la peste en la Roma del siglo XVII. Paulus Fürst, *Doctor Schnabel de Roma*, 1656, The British Museum. CC BY-NC 4.0



Profesionales de la salud vestidos con modernos trajes epidemiológicos. Wuhan, China, 2020(as.com)

de incertidumbre. En nuestro caso preciso, el futuro no sólo se desdibujó, sino que perdió anclaje en el presente. Esto planteó nuevos retos y problemas, hasta ahora inimaginables, de los que habrá que hacerse cargo de manera urgente, puesto que la falta de cuidado del ser humano hacia el ambiente y otras especies pone en riesgo de emergencia de nuevas y peligrosas enfermedades.

De acuerdo con el antropólogo Gaspar Mairal Buil, el riesgo siempre tiene y ha tenido que ver con nuestra relación emocional con el futuro. Cuando pensamos en el riesgo o en los riesgos que nos rodean, lo primero que aparece en nosotros es la sensación de incertidumbre. El riesgo genera preocupación frente aquello que aún no existe, pero que podría existir, explica el antropólogo español. Si bien en su origen el concepto de riesgo no se asociaba con la posibilidad de “lo malo” o “lo peligroso”, sino simplemente con lo desconocido que estaba por venir, poco a poco el riesgo comenzó a comprenderse como todo lo que podía venir más adelante y causar daño.

Hay distintas teorías sobre el origen de la palabra *riesgo*. Algunos estudiosos han señalado que *risk*, *risque*, *riesgo* son palabras que comparten su etimología latina. Para ellos, riesgo proviene del latín, *rescum* que significa, a grandes rasgos, “aquello que corta”; de ahí la palabra *risco*, que significa piedra filosa o cortante en medio del mar, y *riesgo*, que se entiende como aquello que puede llegar a dañar. En ese sentido, muchos de estos autores han explicado que la noción de riesgo surgió con los marineros, en las primeras exploraciones globales del siglo XVI, cuando las embarcaciones podían sufrir severos percances a causa de dichos peñascos marinos sorprendidos. Sin embargo, otros estudiosos no están de acuerdo con la etimología latina del concepto, y prefieren pensar que el origen de este vocablo es árabe, más precisamente, coránico.

Así, por ejemplo, Gaspar Mairal Buil explica que en el mundo antiguo del desierto, la caravanas de nómadas no siempre tenían un destino certero, y los beduinos confiaban su fortuna y destino a Dios, para poder enfrentar el futuro con mayor tranquilidad. Al hacerlo, éstos se entregaban a todo aquello “que deparara el destino”, esa entrega, en árabe, es al *rizq*.

En sus estudios etimológicos y antropológicos sobre el concepto del *rizq* musulmán, Mikel Espalza añade que para los creyentes del Islam, el *rizq* era un don divino, una bendición que llegaba de Dios a los seres humanos y que había que recibir como un regalo, como un bien espiritual mayor. Y es que, como es fácil comprender, el *rizq* coránico se asocia con la necesidad de confiar, con la avidez de tener fe en una Providencia divina capaz de generar cierta seguridad, a pesar de lo incierto que, inevitablemente, siempre llega con la vida.

En todo caso, sea en su etimología latina o árabe, tal como señala Mairal Buil, el concepto de riesgo es una construcción histórica y cultural. Y los riesgos de una época no han sido necesariamente los mismos de otra. Sin embargo, más allá de estas variaciones sensibles, la experiencia de sentirse en riesgo siempre ha generado la necesidad de enfrentar y recibir algo sorprendente, inesperado, difícil de sortear, o al menos, extraño, desconocido y, sobre todo, por venir.

La relación de las personas con el futuro ha sido generalmente complicada; esto, porque el futuro deja a las personas expuestas a la incertidumbre y a todo aquello que parecería que aún no se puede controlar. De ahí que sentirse en riesgo expone la vulnerabilidad de los seres humanos, es decir, quedan a merced de múltiples posibilidades de sufrimiento, y también, frente a la duda de su capacidad o incapacidad para sobrevivir a ellas.

Históricamente los seres humanos de todas las culturas y todas las épocas han buscado el camino para hacer frente a las contingencias y riesgos existenciales propios de su momento: las inclemencias del tiempo, la fuerza de los terremotos, las hambrunas, las guerras, las enfermedades. De acuerdo con los sociólogos españoles Ramón Ramos Torre o Fernando J. García Selgas, en su afán por disminuir o controlar dichas amenazas la humanidad ha generado herramientas y mecanismos para intentar asirse a algo que brinde seguridad o la sensación de que el caos es controlable. La filosofía, la religión, la ciencia y la tecnología han surgido todas de ese mismo lugar. También la teoría de riesgos de los años ochenta y noventa del siglo XX nació desde este afán universal,

interpretado desde la mentalidad racionalista tan propia de la modernidad occidental.

En su obra clásica *Blame and Risk*, la antropóloga Mary Douglas insistió en la importancia de estudiar la construcción colectiva de los riesgos, así como las respuestas comunitarias frente a los mismos en la vida social. A lo largo de la historia los sentimientos de amenaza se han llenado de significados culturales particulares, contruidos de manera colectiva y no individual, y han dado sentido a experiencias emocionales compartidas por comunidades que experimentan sentimientos como el miedo a los otros, la necesidad de purificar las culpas mediante el sacrificio de chivos expiatorios, el odio a la diferencia o la invisibilización de los más vulnerables. Las cacerías de brujas del siglo XVII en Europa son un buen ejemplo de estas respuestas emocionales comunitarias originadas en la inseguridad y la psicosis colectiva propias de sentirse frente a algo que, en teoría, una comunidad percibe como peligroso.

Ahora bien, la sensación de sentirse en riesgo vuelve a los sujetos, ante todo vulnerables, y aquí vale la pena detenerse una vez más. Para el historiador holandés Bas Van Bavel, experto en riesgos, desastres y formas de resiliencia, la experiencia de la vulnerabilidad siempre tiene dos facetas: la externa, que corresponde a los embates que golpean a quienes quedan inmersos en esa sensación, y la interna, que tiene que ver con la capacidad de las personas para hacer frente a dichos peligros. En ese sentido, rastrear el conjunto de emociones que en diferentes circunstancias históricas han dado lugar a sentirse “vulnerable” implica comprender no sólo el contexto económico, social y cultural de las personas que se perciben a sí mismas frágiles e incapaces de enfrentar y vencer las amenazas o realidades riesgosas, sino también la individualidad de las mismas y, por lo tanto, requiere de empatizar con las subjetividades del pasado.

En todo caso, los momentos históricos donde los grupos humanos se han sentido más en riesgo se caracterizan por generar atmósferas emocionales y estados existenciales en los que dominan los sentimientos de ambigüedad, confusión y

desconfianza. La presencia cotidiana del riesgo –o de muchos riesgos– genera una desorientación vital contagiosa, la que se expande como una nube negra sobre todas aquellas personas que forman parte de esa misma comunidad emocional asediada por el peligro, real o imaginado de manera colectiva.

Al mismo tiempo, si a lo largo de la historia el temor a diferentes riesgos existenciales se ha vivido de manera comunitaria, y las respuestas culturales de miedo y rechazo a la amenaza sólo pueden comprenderse en su dimensión social, lo mismo ocurre con las experiencias históricas que han hecho posible superar el desasosiego generado por la sensación de un futuro amenazante, peligroso e incierto. Es precisamente allí donde el historiador, el humanista, el politólogo, el economista y el científico social interesado en comprender y explicar los mecanismos y estrategias que han hecho posible la subsistencia humana y la continuidad de la vida en nuestro planeta, se topa, felizmente, con el cuidado, o mejor dicho, con *los cuidados* para la vida y el bien común.

VI

CUIDADOS Y RESILIENCIAS: DIÁLOGOS ENTRE EL PASADO Y EL PRESENTE

Frente a los riesgos de la vida, los seres humanos de todas las sociedades y épocas han buscado caminos para sobrevivir y soportar “aquello que el futuro o la Providencia les ha deparado”, y para esto han tenido que prepararse, adaptarse y aceptar las nuevas condiciones que la vida ha traído, muchas veces de forma sorpresiva o inesperada. Las experiencias de incertidumbre, los peligros o retos cotidianos que en muchas situaciones develaron la vulnerabilidad de las personas, requirieron no sólo de fortalezas individuales, sino también de ayuda mutua, compañía, solidaridades y esfuerzos comunitarios compartidos. Todo esto constituye la base de lo que conocemos y experimentamos como *el cuidado*. Sin cuidado –o mejor dicho, sin *cuidados*– los seres humanos no podríamos sobrevivir. Es por ello que los historiadores de las emociones y la experiencia debemos comenzar a poner mayor atención a esta dimensión esencial para la supervivencia humana y de nuestro planeta en su conjunto.

Durante siglos, muchas han sido las emociones alrededor de las prácticas, hábitos, estrategias, costumbres, instituciones o conocimientos vinculados con la acción de cuidar o de ser cuidado. La construcción de hospitales, asilos, refugios para migrantes o el propio Estado de bienestar pueden dar muchas pistas sobre ello. ¿Qué móviles afectivos han estado relacionados con la construcción de dichas instituciones de asistencia social, con estos modelos de gobernanza y de ejercer la política? El estudio de las emociones que han inspirado saberes herbolarios y médicos tradicionales, de conocimientos

científicos en torno a la curación, a la elaboración de pócimas, medicinas o fórmulas creadas por diferentes profesionistas de la salud – interesados en dar alivio o recuperar el equilibrio en el cuerpo, la mente y el espíritu – son objeto de estudios que pueden historiar el significado afectivo del cuidado en diferentes épocas y sociedades. También lo son las emociones de compasión y solidaridad, como las de cansancio, miedo, depresión o enojo que han podido experimentar en diferentes momentos del pasado los profesionales de diferentes tipos de trabajos cuidadores. Por otro lado, se vuelve especialmente relevante en nuestros días la historia de los universos sensibles en los que los seres humanos han buscado cuidar del medioambiente o dentro de los cuales, las relaciones de cuidado entre las personas y la naturaleza han cobrado distintos significados culturales. Como es fácil advertir, la historia de las emociones y de la experiencia puede aportar mucho si concentra su interés, también, en explicar los procesos de construcción de identidades de género o de defensa de ciertos derechos humanos relacionados con el valor de cuidar. El estudio histórico de nuestras interdependencias y relaciones de ayuda mutua en el pasado debe descifrar los significados emocionales y afectivos que las orientaron y dieron sentido en su momento.

Es decir, en una realidad pospandémica, en la que todos y todas nos hemos descubierto como personas igualmente frágiles y solas, parecería que los historiadores tenemos la enorme responsabilidad de rastrear, reconstruir y narrar experiencias que desde el pasado nos hablen de cómo es que los seres humanos nos hemos cuidado, hemos cuidado a los otros y a nuestro entorno, o por qué lo hemos dejado de hacer. Parecería que este tipo de investigaciones abonaría con mucho, en palabras del propio Peter Stearns, a la posibilidad de “ponderar aspectos relevantes de la experiencia humana”, y con ello, la Historia ofrecería herramientas de reflexión crítica de gran utilidad para encontrar nuevos caminos de esperanza, resiliencia y florecimiento humano en el presente.

Y es que, como en nuestras sociedades contemporáneas, en todos los tiempos ha habido riesgos, retos y peligros aparentemente imposibles de controlar; amenazas que se han desbor-



La Organización Mundial de la Salud reportó que el 14 % de los casos de covid-19 se presentaron en el personal sanitario, y la Organización Panamericana de la Salud informó que se infectaron más de 570 000 trabajadores de la salud en la región [<https://www.paho.org/es/noticias/2-9-2020-cerca-570000-trabajadores-salud-se-haninfectado-2500-han-muerto-por-COVID-19>]. Consultado: 21 mayo 2022. Fotografía de Camilo C. Bica, *Abordar el estrés y el trauma de los trabajadores de la salud durante la pandemia de COVID-19, 2020*, Colección SVA COVID. JSTOR

dado y se han materializado en catástrofes; desgracias y atrocidades reales prácticamente incontenibles, que han parecido anunciar el fin de los tiempos. Sin embargo, a pesar del dolor y la pesadumbre, en esos momentos críticos y difíciles de enfrentar los cuidados han aparecido en escena para reparar los daños, aliviar los sufrimientos y frenar la destrucción. Es por ello que hoy el mundo requiere comprender mejor las dimensiones afectivas de nuestras relaciones cuidadoras, en aras de imaginar un porvenir en el que todos podamos asumir las responsabilidades que tenemos en la construcción del bienestar emocional para la comunidad en la que habitamos. Porque hacer historia de los cuidados significa abrir la posibilidad de crear nuevas formas de convivencia que rescaten nuestras capacidades humanas para la empatía, para el consuelo de los otros, el acompañamiento, el sostenimiento de la vida, la amabilidad y la ternura. Y es que tal como ha señalado el historiador Darrin McMahon en uno de sus libros más recientes,

incluso después de haber vivido guerras, desastres naturales, hambrunas, desplazamientos forzados masivos, genocidios y epidemias, las personas siempre han sabido brindarse sostén unas a otras y con ello han logrado levantarse e intentado volver a empezar. Indudablemente, en esos momentos de renacimiento y de recuperación existencial los cuidados han estado en el centro de la experiencia humana.

Porque por más malo y terrible que haya parecido un presente, al final, las personas de todos los tiempos, en todo el planeta, siempre han sido capaces de volver a cuidarse no sólo a ellas mismas, sino a sus hijos, a sus padres, parientes, amigos, vecinos, correligionarios, e incluso a aquellos extraños por quienes han sentido el valioso sentimiento de la compasión. Cuidar y cuidarse significa reencontrarse con uno mismo y con los otros, reconocerse en los demás y recobrar la conciencia del valor de la dignidad. Efectivamente, en todas las épocas, los seres humanos golpeados o devastados por alguna catástrofe han logrado sanar sus cuerpos y sus espíritus, han conseguido reconstruir sus lazos comunitarios y con ello han podido volver a mirar hacia el futuro, incluso con la ilusión, a veces más, a veces menos, de que todo puede ser siempre mejor que antes.

Sin ánimo de exagerar –o caer en una visión endulcorada de la historia y de la realidad humana– efectivamente, a lo largo de los siglos, nuestra capacidad histórica de resiliencia ha sido ejemplar. Ni la desolación de la peste bubónica del siglo XIV, ni las hambrunas del siglo XIX, ni el horror de los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial o la homofobia que despertó la epidemia de VIH en las últimas décadas del siglo XX lograron vernos o acabar definitivamente con nosotros. Realmente, los seres humanos hemos sido expertos en adaptarnos para vivir lo mejor posible, en cualquier contexto, y a pesar de cualquier tipo de adversidad. Esa capacidad humana de supervivencia, adaptación y posibilidad de volver a empezar después de la devastación, la precariedad o la destrucción se ha debido, sobre todo, a nuestra naturaleza gregaria, solidaria y comunitaria. Es obvio que el ser humano en soledad difícilmente habría podido subsistir a las tragedias y males que le han acontecido. En todos los momentos

históricos, el apoyo mutuo, la compañía, el consuelo o las acciones empáticas de los otros han sido indispensables para sobrepasar el dolor y la desolación generadas por las hecatombes que han afectado durante siglos a la humanidad.

Es por ello que tal como lo ha señalado Darrin McMahon, los historiadores debemos comenzar a realizar más investigaciones sobre esos momentos de resiliencia en que los seres humanos de diferentes latitudes, épocas, sectores sociales y género lograron renacer para florecer. En palabras del autor de la *Historia del genio*, escribir sobre épocas y momentos coyunturales en que los seres humanos logramos preservar la fuerza, el valor y la dignidad sería poner nuestra profesión al servicio de la vida. “Concentrarnos en la historia de la oscuridad nos pone en riesgo de perdernos de la luz”, dice McMahon al respecto. Por ello, para no perdernos en dicho riesgo, la invitación de estas páginas es comenzar a hacer más historias de los cuidados y con ello contribuir en la construcción de nuevos proyectos políticos, sociales, económicos y culturales que favorezcan la vida digna y la posibilidad de generar bien común para todos.

De acuerdo con la politóloga Joan Tronto, el cuidado es “todo aquello que hacemos para mantener, continuar y reparar nuestro mundo para que podamos vivir en él lo mejor posible. Ese mundo incluye tanto a nuestros cuerpos, como a nosotros mismos y a nuestro entorno, todo lo cual pretendemos interconectar en una compleja red que sostiene la vida”.

En su libro *Caring Democracy: Markets, Equality, and Justice* hoy ya un clásico para muchos politólogos, humanistas y estudiosos de las ciencias sociales del siglo XXI, Joan Tronto plantea la necesidad de hacer del cuidado el eje de una nueva organización política, social, económica y cultural que nos permita mirar al futuro desde una nueva ética. Bajo esa mirada, la cultura de los cuidados tendría que vincularnos con nosotros mismos y con los demás de otra manera. En palabras de Tronto, nuestras democracias actuales deben hacer del cuidado “el valor esencial para construir una perspectiva distinta que haga posible organizar y explicar el mundo y la vida de otra forma”. Poner al cuidado en el centro de nuestra

existencia incluye pensar en formas de producción económica que privilegien lo comunitario sobre lo individual, en relaciones de poder que promuevan la corresponsabilidad, en la interacción con el medioambiente ya no desde la soberbia y la explotación, sino desde el habitar colectivo e interdependiente con otras especies. El cuidado es promover la salud, la dignidad, la paz y el bien común para todas y todos sin excepción.

En el *Manifiesto de Cuidados* del Care Collective británico, Andreas Chatzidakis, Jamie Hakim, Jo Littler y Catherine Rottenberg siguen las ideas de Tronto e insisten en que el cuidado es “la capacidad social y la acción comprometida con alimentar todo lo que sea necesario para el bienestar y el florecimiento de la vida”. Para cuidar y cuidarnos, dicen estos autores, lo primero es reconocer y aceptar la importancia de nuestras interdependencias y crear conciencia de las redes de cuidados que nos sostienen en la vida cotidiana en el pasado.

Efectivamente, en la actualidad, la dimensión de los cuidados cobra cada día mayor interés entre sociólogos, economistas, politólogos, medioambientalistas, especialistas en salud física, emocional y espiritual. Sin duda, los historiadores de las emociones tenemos mucho que aportar en el conocimiento de esta dimensión de la experiencia humana, por lo que es urgente comenzar a dirigir nuestras investigaciones al estudio de las diferentes manifestaciones cuidadoras de la vida.

VII

EL CUIDADO EN LA HISTORIA DE LAS EXPERIENCIAS SENSIBLES: EL TRAZO DE UNA PRIMERA RUTA

A lo largo del tiempo y en todas las sociedades los seres humanos nos hemos cuidado para poder sobrevivir. Esto sólo ha sido posible gracias a nuestra capacidad para mirarnos y reconocernos en los otros y en sus diferencias, para vincularnos con los demás y comprender qué necesitan las personas que nos rodean para aliviarse, nutrirse, alegrarse y sentirse bien y en paz. En la historia, el cuidado también ha incluido el autocuidado, y esto, cuando se habla de corresponsabilidad, es realmente fundamental. Para cuidar a los otros es importante empezar por cuidarse a uno mismo, pero no desde el egoísmo o el individualismo solipsista, sino desde la conciencia de que el bienestar, la salud y la dignidad propias dependen de la salud, la dignidad y el bienestar de los demás y viceversa. Esto que parece tan sencillo –incluso ingenuo– es la base de la vida en comunidad: cuando nos hemos olvidado de ello, o lo hemos banalizado, las consecuencias no han sido alentadoras.

Por ello, como historiadores de las emociones del siglo XXI, el estudio de las prácticas, los imaginarios, las capacidades y constelaciones de sentimientos y afectos que han generado vínculos y expresiones cuidadoras a lo largo del tiempo, así como de la cultura material, las tecnologías, conocimientos, saberes, estrategias y mecanismos que hemos creado para cuidarnos durante siglos tendría que ser prioritario. Hacer investigaciones históricas desde el universo sensible del cuidado –o de los cuidados– que han hecho posible la vida y el bien común es hacer del conocimiento histórico un saber relevante y útil para atender los problemas que enfrentamos en nuestro presente y los posibles riesgos que amenazan nues-



La inmunización es un componente esencial de la atención primaria de salud, un derecho humano incuestionable y una de las mejores inversiones económicas en salud. Las vacunas son también esenciales para prevenir y controlar los brotes de enfermedades infecciosas, apuntalan la seguridad sanitaria mundial y serán un instrumento vital para luchar contra la resistencia a los antimicrobianos. *Vacunas e inmunización*, Organización Mundial de la Salud. Consultado noviembre, 2023.

[https://www.who.int/es/health-topics/vaccines-and-immunization#tab=tab_1]

Centro de vacunación con médico sosteniendo una jeringa. Freepik

tro futuro. Son muchas las fuentes, las épocas, las geografías y comunidades cuidadoras que desde el pasado nos pueden dar pistas para imaginar un mundo más sano, más incluyente, más sustentable y, por lo tanto, más digno y mejor para todos. Sin duda, la pandemia de covid-19 ofreció el pretexto perfecto para que los historiadores concentremos nuestra atención en la dimensión sensible, práctica, afectiva y material de nuestras interdependencias, imaginarios, instituciones, valores y vínculos cuidadores.

Lo que se enumera a continuación es solo una propuesta de ejes temáticos para comenzar a abrir el camino hacia el estudio histórico emocional de esta dimensión esencial, cuando pensamos en las condiciones que a lo largo de tiempo han garantizado la continuidad de la vida y de nuestra existencia.

Historias de género. El interés de las ciencias sociales y las humanidades en el concepto del cuidado surge, en realidad, del movimiento feminista de fines del siglo XX. La deuda que tienen los estudios más actuales sobre la cultura y la epistemología del cuidado con feministas como Nel Noddings y Carol Gilligan es indiscutible. Fueron ellas las primeras en proponer la necesidad de redistribuir las labores de cuidado de manera más igualitaria para erradicar las injusticias del orden patriarcal en sociedades que, durante siglos, habían impuesto a las mujeres esa responsabilidad. La idea de que las mujeres eran las cuidadoras sociales por excelencia asumía el supuesto de que la naturaleza –o la “esencia”– femenina contenía algo así como un “don” exclusivo, que las obligaba de manera forzosa a cuidar de los hijos, a ocuparse de la limpieza del hogar, de la salud de la familia o la seguridad de los adultos mayores que las rodeaban. Gracias a los estudios de género, hoy se sabe que la distribución inequitativa de los cuidados domésticos se ha debido a un consenso cultural patriarcal, histórico, y que ésta ha generado enormes desventajas para muchas mujeres que han tenido que renunciar a estudiar, a desarrollarse profesionalmente o a trabajar para ganar un salario digno, debido a las fuertes cargas de cuidado que se les ha impuesto a lo largo del tiempo. Las investigaciones feministas en ética y economía del cuidado insisten en la necesidad de redistribuirlos de forma tal que todos los seres humanos, sin importar su género o condición social, asuman diferentes responsabilidades cuidadoras dentro de sus comunidades. Desde la historia de las emociones son muchos los temas que se pueden abordar para enriquecer esta discusión. Hacen falta, por ejemplo, historias que nos expliquen cómo se ha construido el universo sensible de la maternidad o la paternidad cuidadora en diferentes sociedades y tiempos, lo mismo que historias que reconstruyan los significados culturales depositados en emociones en torno a sujetos con identidades de género sexodivergentes, que también se han visto obligados a cuidar de diferente manera. Esto último, por ejemplo, abriría también las preguntas históricas de quién dejó de cuidar a las personas homosexuales, lesbianas, bisexuales y transgénero en diferentes momentos, y por qué móviles

emocionales o sensibles se dejó de hacerlo. Además, las historias de género vinculadas con problemáticas emocionales en torno a los cuidados también tendrían que hacerse preguntas que planteen la posibilidad de construir nuevas consciencias, vínculos afectivos y corresponsabilidades cuidadoras capaces de respetar, reconocer y valorar la diferencia y la diversidad de las personas en nuestro presente y nuestro futuro.

Historias de la salud, la enfermedad y los pluralismos médicos. Otro tema fundamental a explorar desde la historia de los cuidados y las emociones es, evidentemente, el de la salud, la enfermedad y los saberes médicos-científicos y tradicionales, que han buscado cuidar el equilibrio físico, mental y emocional de las personas a lo largo del tiempo y en muy diferentes espacios culturales. La experiencia de la enfermedad y de la recuperación de la salud involucra, quizás más que ninguna, a la dimensión emocional que expresa y traduce las necesidades corporales en incomodidades físicas y psicológicas, en miedos, dolores, angustias, preocupaciones, pero también en deseos, alivios y esperanzas. La emoción acuerpada cobra significados culturales específicos a partir de la manera en que los profesionistas de la salud de cada sociedad han ordenado conjuntos de síntomas físicos para convertirlos en una enfermedad o en otra. Además, los cuidados que han recibido los enfermos a lo largo del tiempo por diferentes personas también se han constituido alrededor de muchas emociones que es importante explicar desde la historia cultural para comprender los significados que tenían la caridad, la empatía, la compasión o el consuelo en diferentes sociedades, así como para analizar la función que estas emociones han tenido en la generación de formas de solidaridad, compañía y ayuda comunitaria. Por otro lado, hacer historia de las emociones y de los cuidados en torno a la experiencia de la salud y la enfermedad también implica poner atención a otros aspectos menos idílicos del cuidado, tales como las relaciones de poder que se han generado entre pacientes y médicos o cuidadores a lo largo del tiempo, así como hacer historias que den cuenta de las especificidades culturales de las experiencias de cansancio, agotamiento,

enojo o desesperación, no sólo de los propios enfermos, sino también de sus cuidadores. De esta manera cabría preguntarse, por ejemplo, ¿quién se ha ocupado de la salud emocional de los y las cuidadores de la salud, o cómo se afectó la misma en tiempos de epidemias o emergencias como las guerras?

Historias de los desplazamientos o movimientos forzados. El mundo global del siglo XXI está urgido de historias que reconstruyan las experiencias sensibles de grupos y comunidades que han tenido que dejar sus lugares de origen en busca de refugio o de mejores oportunidades de vida y supervivencia. Las historias de migrantes y desplazados muchas veces privilegian las dimensiones sociales, políticas o económicas de dichas experiencias históricas. Hace falta mirar al universo sensible en el que se han vivido, transitado y experimentado estos momentos críticos para muchos grupos de población que desde tiempos inmemoriales se han visto obligados a dejar sus lugares de origen por razones de supervivencia. La historia de las emociones vinculada con los desplazamientos humanos y el cuidado hace recordar aquella anécdota en que un estudiante preguntó a la antropóloga Margaret Mead cuál le parecía el primer signo de civilización humana. La respuesta de Mead sigue generando sorpresa al día de hoy: para ella, el primer signo de civilización era un fémur fracturado y curado, que databa de hacía 15,000 años. La explicación de la antropóloga estadounidense fue que en cualquier especie, un animal que se fractura un hueso es abandonado por la manada y muere. En el caso de los seres humanos, ese fémur curado era muestra de cómo una tribu en movimiento se había detenido para atender a su miembro lastimado; de cómo alguno –o algunos– de sus compañeros se habían tomado el tiempo para ayudarlo y acompañarlo a sanar. Esta sería, para Mead, la primera señal verdaderamente contundente de civilización, aquella que distinguía a los seres humanos de otras especies: la capacidad de cuidarnos y de brindarnos ayuda mutua.

Las historias emocionales de los exilios, de las personas obligadas a abandonar sus territorios de origen por hambre, por las guerras, las persecuciones políticas, los efectos de de-

sastres naturales o el cambio climático, la necesidad de huir de la precariedad, de diferente tipo de riesgos y violencias o por la búsqueda de nuevas oportunidades para volver a empezar en otro territorio, pueden ser de una enorme riqueza. No hace falta decir que en todas ellas se podrían rastrear los significados culturales e históricos con que se experimentaron la tristeza, el dolor, la nostalgia, el miedo a la incertidumbre, pero también la camaradería, la solidaridad, la compañía, la ayuda mutua necesarias para cuidarse y cuidar de otros en dichos momentos de tránsito, no sólo geográfico, sino también vital. Como en otras, las historias de los migrantes, los desplazados o exiliados deben tomar en cuenta las tensiones, ambivalencias y contradicciones emocionales experimentadas por personas inmersas en situaciones verdaderamente complejas y difíciles para cualquier ser humano.

¿Qué emociones, sensaciones y afectos han formado parte de las experiencias de migración a lo largo del tiempo? ¿Qué vínculos cuidadores han aparecido a partir de la experiencia de migrar? ¿Cómo es que estos grupos vulnerables han hecho frente, desde diferentes tipos de solidaridad, ayuda mutua y compañía, al dolor, las amenazas y los riesgos que conlleva la decisión de abandonar el hogar, a veces destruido, en busca de una nueva tierra en principio menos hostil, para poder volver a establecerse? ¿Cómo eran los universos afectivos que se generaban en ese mundo en movimiento, creado a partir de las experiencias de desplazamiento y migración? ¿Qué tipo de vínculos emocionales se articularon con las poblaciones que encontraron en los nuevos territorios a los que llegaron? Todas estas son sólo algunas de las preguntas que podrían guiar el inicio de nuevas investigaciones en esta línea sin duda muy necesaria de explorar en nuestros tiempos.

Historias de la otredad. Estas historias también son indispensables en la investigación contemporánea de las emociones vinculadas con los cuidados. En un mundo que se polariza como el nuestro es verdaderamente urgente brindar herramientas de análisis que nutran la posibilidad de comprender cómo se han construido las sensibilidades históricas que han

dado sentido y significado al contacto con aquellos que se perciben como “lo otro”, “lo diferente” o “lo ajeno a mí”. En diferentes momentos históricos el contacto con “los otros” ha generado miedo, rechazo, asco, odio; pero también fascinación, curiosidad, alivio, deseo. ¿Por qué? ¿Cómo se experimentan las ambivalencias afectivas de dicho contacto? ¿Cómo se fijan las percepciones emocionales absolutas y polarizadas de alguien que, en palabras de Sara Ahmed, se mira, se huele, se oye, sabe, se siente distinto a lo conocido?

Las historias de contactos entre “otros” también requieren de analizar las transacciones emocionales y afectivas propias de los encuentros entre seres humanos que se perciben a sí mismos como dentro o fuera de un grupo, una comunidad o un territorio. El contacto emocional, sensorial y corporal con la otredad genera, inevitablemente, transformaciones y cambios en la identidad de quienes se encuentran en un espacio y tiempo determinado. En ese sentido, el estudio de las zonas de contacto entre otredades, de los espacios de frontera y la forma en que dichas geografías se han llenado de emociones, sensaciones, afectos característicos y propios también puede ser muy sugerente y relevante para entender múltiples fenómenos sociales, culturales y políticos que nos rodean hoy en día.

Tal como insiste Sara Ahmed en muchos de sus extraordinarios trabajos, en diversos momentos de la historia “la otredad” ha generado miedo o sensaciones y emociones vinculadas con el peligro. Para la experta en estudios culturales, los historiadores o antropólogos interesados en comprender los significados de los encuentros con “los otros” deben partir del reconocimiento de la corporalidad de las personas que entran en contacto y se traducen a sí mismas mediante su olor, sabor, color, sonido, gusto o textura. “Nosotros” y “los otros” habitamos cuerpos específicos, y los historiadores de las emociones tendríamos que poner atención a la manera en que estas corporalidades han sido depositarias de muchos afectos y emociones que les dan un significado particular en cada cultura. El rechazo a lo diferente debe explicarse mediante la construcción cultural que ha asociado lo distinto con lo amenazante. ¿Cómo se ha construido históricamente el odio a

la diferencia a partir de la sensación de riesgo? ¿Cuáles son las emociones colectivas que permiten la alienación de un grupo que mira a otro como peligroso para su integridad física, moral o emocional?

Estudiar hoy la otredad y los contactos entre muchos otros desde una perspectiva histórica emocional puede abrir vías para imaginar posibilidades de generación de diálogo, encuentro, escucha y formas de mediación pacífica. Las historias afectivas sobre la amistad, la convivencia multicultural e incluso de los intercambios comerciales pueden ser muy reveladores de otras expresiones cuidadoras no tan conocidas o que no han sido estudiadas desde dicha lente. Así, por ejemplo, cabría preguntarse ¿cómo han hecho en distintos momentos históricos algunas comunidades emocionales para vincularse, desde la diferencia, con aquellos que no obstante su diversidad, se reconocen como personas con quienes es posible y necesario compartir el espacio para habitar de manera incluyente? ¿Qué intercambios y transacciones emocionales han hecho posible expresiones de cuidado entre personas que se perciben a sí mismas como ajenas a lo conocido?

Historias de la relación del ser humano con el medioambiente.

En un mundo asediado por el riesgo de la destrucción de la biodiversidad, el medioambiente y el planeta, los historiadores de las emociones tenemos una enorme oportunidad para rastrear en el pasado cómo se han articulado nuestros vínculos afectivos con la naturaleza, con otras especies, con el agua, la tierra, los minerales o el aire. Rastrear los significados culturales de dichas relaciones afectivas entre el ser humano y el entorno en el que ha habitado es crucial para reflexionar sobre cómo podemos construir nuevos compromisos de cuidado de la vida en nuestro planeta en todas sus manifestaciones.

A partir del siglo XVII, la cultura racionalista occidental insistió en separar al hombre de la naturaleza y en generar una diferencia clara entre el ser humano y el resto de la vida en el planeta. La explotación de los recursos naturales y la supuesta subordinación de todas las especies al hombre se justificó mediante la creencia cristiana de que Dios había



El 68% de las emisiones globales vienen de diez países, entre ellos México, cuya contribución es del 1.68%. Las principales fuentes de emisiones de los gases de efecto invernadero en México son el transporte, la generación de electricidad y la industria. El cambio climático pone en riesgo la salud, la seguridad alimentaria y energética, así como el acceso al agua de millones de mexicanos. World Wildlife Fund México (noviembre 2023).

[https://www.wwf.org.mx/que_hacemos/cambio_climatico_y_energia/]

Niña sentada abrazando sus rodillas. Freepik

puesto a la naturaleza al servicio de la humanidad. Sin duda, esta justificación religiosa nutrió las sensibilidades específicas que animaron muchos proyectos de expansión europea fundamentados en la idea de la supremacía del hombre blanco y racional sobre otras especies y sobre las poblaciones originarias de otros territorios del orbe. En efecto, esta orientación emocional generó sentimientos de superioridad moral que dieron significados particulares a las relaciones de cuidado –o descuido– entre seres humanos y su medioambiente. Los estudios históricos de las sensibilidades tienen mucho que ofrecer para explicar dichos vínculos. Por otro lado, las historias culturales del medioambiente pueden usar la clave emocional para explicar los universos simbólicos con que muchas mitologías de diferentes regiones del mundo han representado y dado vida y significado a las fuerzas de la naturaleza. Los mitos cosmogónicos y de la creación de prácticamente todas

las culturas del planeta están llenos de referentes afectivos, emocionales y sensoriales vinculados con el agua, la tierra, el viento, la vegetación, la fauna o los cuerpos celestes, que hace falta desentrañar desde la historia de la experiencia sensible. ¿Qué emociones animaban estas fuerzas en las mitologías celtas, egipcias, mayas o hindúes?

Ahora bien, a pesar de los sentimientos de supremacía humana presentes en el pensamiento judeocristiano de Occidente, lo cierto es que los imaginarios sensibles y sensoriales medievales, renacentistas, ilustrados y románticos en torno al significado de los jardines, el campo o las fuerzas de la naturaleza son objeto de historias que aún están por enriquecerse. Por otro lado, los historiadores de las sensibilidades tienen mucho que explicar sobre los saberes sensibles no occidentales en torno a la naturaleza y sobre las estrategias de cuidados –o prácticas de descuido– locales por parte de comunidades de pueblos originarios o nativos en diferentes latitudes del planeta.

Por último, cuando se piensa en las historias de los cuidados de la naturaleza y de otras especies no humanas, valdría la pena reflexionar, también, en todas las que se pueden escribir para reconstruir las sensibilidades que animaron la fundación de las sociedades protectoras de animales o la decisión cultural de optar por dietas vegetarianas, tan en boga en nuestro presente.

Historias de los cuidados espirituales. La búsqueda de significado existencial ha sido una constante humana a lo largo de la historia. Los hombres y las mujeres de todos los tiempos y latitudes no se han conformado con simplemente existir, sino que han procurado encontrar un sentido a la razón de su existencia. Es decir, en todas las épocas, nuestra especie se ha caracterizado por su capacidad para hacerse preguntas sobre el lugar que ocupa en el Universo. Podría decirse que durante milenios los seres humanos de todas las culturas se han preguntado por la trascendencia de su ser en este mundo. Esta búsqueda de sentido, significado y trascendencia es propio de la dimensión espiritual de la vida humana, y en ella hay mucho por explorar desde su relación con la necesidad de cuidar y de sentirse cuidado.

Es importante recordar cómo en su afán por ordenar la vida mediante binomios de conceptos aparentemente contrarios, en los que uno de ellos aparecía en una jerarquía de superioridad frente al otro, el pensamiento racional occidental, y más tarde el ilustrado, confrontaron a la razón con el espíritu. Bajo esa mirada, la espiritualidad tenía que ver con todo aquello que formaba parte de lo inferior, de lo poco importante, de lo falso, de lo irracional y de lo no comprobable mediante el único medio realmente objetivo que no era otro que la ciencia fundamentada en la razón.

Poco a poco muchos pensadores ilustrados y liberales, y su lucha en defensa de la secularización de la vida, así como su combate contra el poder político de la Iglesia católica en Occidente, lograron hacer de la dimensión espiritual de la vida un sinónimo de religión. Es decir, para ellos la experiencia espiritual era un sinónimo de superstición, oscurantismo y superchería. Hoy es fundamental insistir en que más allá de estar de acuerdo o no con la opinión de los librepensadores de los siglos XVIII, XIX y XX sobre la religión, ésta y la espiritualidad no son lo mismo. Las religiones pueden estructurar y ordenar los símbolos, las creencias, las preguntas, los dogmas de fe y los rituales con los que se materializa la espiritualidad. Para ello se necesitan instituciones administrativas y políticas, como la Iglesia, que controlen las normas que hacen posible la sistematización de dicha dimensión de la vida humana. Sin embargo, la experiencia espiritual no requiere forzosamente de una religión, ni de una institución eclesiástica para vivirse o para expresarse, y la dimensión espiritual de la vida es tan real como la dimensión fisiológica, la corpórea, la racional, la política, la económica o la social. Negarla es negar parte de lo que hace del humano un ser con características propias no compartidas con ninguna otra especie. Efectivamente, ninguna otra criatura del planeta puede dotar de significado a la vida, ni buscar el sentido de trascendencia de la misma. Justo por lo anterior es que los historiadores del cuerpo, las emociones y los sentidos deben detenerse en esta dimensión fundamental de la vida humana.

En efecto, la experiencia espiritual es, siempre, una experiencia corporal y emocional. Pensando y recordando las

ideas del filósofo moral Richard Kearney, se podría decir que la espiritualidad tiene que ver con la percepción de esa otredad existencial que queda fuera de mí, de mi cuerpo y que no soy yo, pero que se siente y existe en mi radar de percepciones sensoriales y emocionales cuando me asombro frente a un cielo estrellado y me pregunto por la eternidad o por el sentido de mi existencia en esa inmensidad inabarcable desde la razón.

En una época de transición histórica como la nuestra, el interés en la espiritualidad que, quiero insistir de manera muy contundente, no es lo mismo que la religión, ni que las instituciones religiosas, se incrementa y cobra importancia. La búsqueda de significados y sentidos vitales es una de las más intensas en épocas de crisis e incertidumbre, y la nuestra no es la excepción.

Las experiencias de múltiples tipos de soledad, de desamparo, sentimientos de vacío o sin sentido han sido constantes en diferentes momentos de la historia. En dichas circunstancias, los cuidados espirituales han podido brindar a muchas personas sensaciones de tranquilidad, compañía, seguridad, esperanza y resiliencia. Los historiadores de la historia emocional de los cuidados espirituales tienen muchas vías para abrir rutas de investigación. Las historias de los misticismos, no sólo cristianos, sino sufíes, judíos, budistas, hindúes, por mencionar solo algunos, arrojarían numerosas pistas e indicios interesantes para quienes hoy mismo buscan encontrar el bienestar cotidiano y estados de paz interior.

Por otro lado, desde la medicina y la enfermería, los historiadores de las emociones podrían abonar ampliamente en la explicación de la importancia que han tenido para la humanidad los cuidadores de enfermos, quienes muchas veces han tenido que acompañar a las personas vulnerables y enfermas, las que bajo su cuidado han necesitado sosiego, alivio o confianza en las posibilidades de aquello que pudiera existir más allá de la vida.

Historias de los estados de bienestar y de sistemas de asistencia social y seguridad pública. Nuestro mundo en transición atraviesa por una crisis de instituciones políticas golpeadas por las malas decisiones de gobiernos, que priorizaron los in-

tereses del mercado capitalista y del crecimiento económico individualista sobre el combate a la desigualdad económica y a la pobreza de los grupos más marginados e invisibilizados a lo largo del tiempo. En muchos casos, estos errores políticos del pasado han generado resentimiento, desolación, desesperación y deseos de venganza colectivos entre muchos sectores deseosos de “recuperar lo que les han quitado”, “paliar las historias de despojo ancestral” o de “organizar la revancha” frente a las injusticias de las que han sido víctimas durante muchos siglos. El desencanto frente a los políticos y las instituciones públicas que se olvidaron de procurar el bienestar de sus ciudadanías es una de las realidades más evidentes en el mundo que vivimos, por lo que los historiadores de las emociones podrían investigar en torno a distintos fenómenos y acontecimientos políticos del pasado que ofrezcan numerosas herramientas de interpretación para comprender mejor lo que ocurre en la actualidad.

En primer lugar, es necesario hacer historias de las emociones que puedan rescatar los aciertos de las políticas públicas de varios Estados de bienestar que en el pasado fueron capaces de brindar sentimientos colectivos de contención, protección y seguridad social a sus poblaciones. Aquí, quienes investigan las emociones tendrían un rico campo para estudiar las funciones políticas y sociales de cuidado asumidas por Estados que generaron instituciones capaces de brindar condiciones de salud, educación, vivienda y trabajo. Al mismo tiempo, los historiadores de las sensibilidades aportarían mucho al abordar el análisis de las estrategias políticas que permitieron que dichos Estados instrumentaran las acciones necesarias para proveer la sensación colectiva de bienestar y seguridad social.

Del mismo modo, los historiadores de las emociones que se interesen en las políticas públicas de cuidados y las sensibilidades comunitarias vinculadas con los mismos, también deberían explorar las experiencias históricas menos exitosas para comprender mejor qué fue lo que hizo falta a los Estados de bienestar del pasado para cuidar de manera adecuada e igualitaria a todos sus ciudadanos, o preguntarse por qué y cuándo fue que éstos Estados dejaron de hacerse

cargo de sus responsabilidades de cuidado del bien común y del bienestar público. En ese sentido, los estudiosos de la historia sensible deben poner atención en las contradicciones, tensiones y emociones públicas que poco a poco inspiraron cambios políticos que mermaron los propósitos de los Estados de bienestar y dieron cabida a nuevas formas de organización económica y política, así como a nuevas sensibilidades más afines a los modelos de las meritocracias y los Estados neoliberales de los siglos XX y XXI. Sin duda, el estudio de los universos sensibles que dieron significado a dichas transformaciones políticas y a la evolución de diferentes instituciones públicas destinadas a la asistencia y la seguridad social podría ser realmente útil para pensar en nuevas y mejores alternativas de gobernanza para nuestro presente y nuestro futuro.

Historias de los derechos humanos. En este mismo sentido, es importante reconocer que en pleno siglo XXI, las culturas, imaginarios y sensibilidades políticas que abrevan del modelo de las democracias liberales occidentales también viven un momento difícil. La promesa de mayores oportunidades y de derechos iguales para todas y todos ha sido incumplida y traicionada en prácticamente todas las latitudes del planeta; el resultado más obvio es el surgimiento de muchas reivindicaciones y exigencias ciudadanas que claman por un mundo más incluyente y justo para todos. La constante violación de las libertades y los derechos humanos más básicos se expresa de manera común en todas las geografías asoladas por los crímenes de guerra, el hambre, la discriminación, la pobreza y múltiples tipos de violencia entre las que se encuentran la trata de personas, las torturas, la explotación infantil o los feminicidios. En efecto, frente a todas estas tragedias y a la incapacidad de los Estados democráticos y liberales para ponerles fin y garantizar el respeto a la dignidad humana y a los derechos más elementales, la emergencia de regímenes de derecha y de populismos de izquierda en todas partes del mundo habla por sí misma. Los historiadores de las emociones tienen mucho

que aportar al hacer investigaciones que analicen la manera en que los regímenes políticos del pasado han cuidado –o no– del bien común, la paz y la dignidad de sus ciudadanías. Es indispensable el estudio de los universos sensibles de las dictaduras militares o regímenes autoritarios en los que se violaban los derechos de hombres y mujeres por igual; el estudio de las estrategias y mecanismos emocionales de ciudadanías capaces de combatir a torturadores y de resistir emocionalmente a los abusos de poder son indispensables en nuestros tiempos. También son relevantes las historias de tiempos más remotos. En efecto, para hacer historias del concepto de la dignidad humana no es suficiente con hacerlas del siglo xx; en realidad, los historiadores de las emociones interesados en la cultura del cuidado de la dignidad y de los derechos universales deben hacer historias que puedan trasladarse a la Temprana Edad Moderna donde el Humanismo, la Ilustración, la Revolución francesa, las Revoluciones burguesas, la Revolución rusa y la mexicana trajeron a colación ambos conceptos. Es allí donde los historiadores de los cuidados de la dignidad humana y los derechos pueden analizar qué se hizo bien y qué se hizo mal, en términos de cuidar la integridad física, moral y emocional de las personas a lo largo del tiempo. Reconstruir las historias de los horizontes sensibles en los que la cultura de los derechos humanos cobró un significado particular en diferentes momentos históricos puede abrir ejercicios realmente novedosos para recordar y rescatar la importancia de hacer del cuidado de la dignidad el principio rector de una nueva ética y de nuevas formas de gobernar y de hacer política.

Por último, al pensar en temas y problemas para escribir historias sensibles y de la experiencia sobre los derechos humanos, cabría incluir, también, otro tipo de miradas como la de Catherine Rottenberg, quien en sus últimos trabajos se ha encargado de proponer una crítica a la visión neoliberal de los derechos humanos para incluir la importancia de tomar en cuenta otras culturas emocionales, sensibles, afectivas más vinculadas con el concepto de los cuidados, que con el de los derechos humanos.

Historias del cuerpo. Como ya se ha señalado antes, cuando se menciona la historia de las emociones en relación con la historia de los cuidados, se habla casi siempre de historias del cuerpo. No hay emociones de ningún tipo sin corporalidad, ni experiencia corporal ajena a la emoción. Si esto es así para todas las dimensiones de la vida humana, cuando se piensa en la dimensión de las experiencias de diferentes tipos de cuidado esto es aún más cierto. Toda acción de cuidado surge desde personas que tienen cuerpos, y esos cuerpos están siempre llenos de significados culturales específicos. Por otro parte, muchos cuidados se han dirigido a cierto tipo de cuerpos: humanos y de otras especies. La manera en que se cuida a un bebé o a un anciano; a un enfermo o a una persona con capacidades distintas; las prácticas culturales más recientes del cuidado hacia los animales; todas ellas se orientan a partir de qué significan –y qué han significado– los cuerpos de esos seres en cada momento y en cada sociedad. La construcción histórica de estos significados corporales se ha llevado a cabo, en gran medida, a partir de las emociones, los afectos, las sensaciones y sentimientos que cada cultura asocia y vincula con dichos cuerpos y no con otros.

Durante mucho tiempo y, una vez más, a partir de la emergencia del racionalismo cartesiano del siglo XVII, el pensamiento occidental tendió a despojar a las mentes de sus cuerpos al postular que la base de la existencia de los seres humanos era la primera, y al colocar a la inteligencia, o la razón, en un lugar de superioridad frente a la percepción emocional o a la experiencia corporal vinculadas, más bien, con la pasión. La lógica binaria occidental y la desconexión de estas dos dimensiones constitutivas de toda persona ha sido uno de los errores que nos ha costado más caro. Hoy presenciamos una revolución cultural en torno a la relación con nuestros cuerpos, a las experiencias emocionales y sensoriales que los cruzan y los definen, a las interacciones y vínculos con otros cuerpos, así como a las identidades y representaciones que se construyen alrededor de ellos. En ese sentido, es obvio que hacen falta muchas historias de las emociones que integren la dimensión corporal en las experiencias sensibles del pasado. ¿Cómo sentían y desde

dónde lo hacían los cuerpos de diferentes sujetos históricos? ¿Qué emociones, sensaciones o afectos dieron significados particulares a ciertas identidades de género, de clase o de raza en diferentes contextos temporales y espaciales? ¿Qué riesgos hicieron vulnerables a los cuerpos de distintos sujetos del pasado y qué estrategias de cuidado y de autocuidado surgieron como respuesta a dichas amenazas económicas, sociales, políticas o culturales? Más aún, la historia de las emociones que hablan desde los cuerpos implica, también, integrar la experiencia de los sentidos. Y aquí es mucho lo que los historiadores interesados en el cuidado pueden aportar al analizar los significados culturales que han tenido las experiencias de tocarnos, mirarnos, escucharnos –o no hacerlo– a lo largo del tiempo.

Es importante insistir en que cada sociedad, en cada época encontró estrategias de cuidado que se construyeron dentro de sensibilidades y contextos culturales emocionales específicos. En el caso de la historia de México, es mucho lo que puede explorarse desde la historia de las emociones y el cuidado, tomando en cuenta las particularidades históricas de cada momento, grupo social o espacios geográficos específicos en donde las personas que habitaron nuestro país experimentaron el hecho de ser cuidadas o en donde éstas pusieron en práctica diferentes tipos de cuidado. Si se toman en cuenta las líneas de investigación antes citadas, son numerosos los ejemplos en los que se puede pensar para enriquecer los vacíos historiográficos de nuestra historia emocional en relación con las culturas cuidadoras que han dado sentido a la vida durante siglos. Historias sobre los roles de maternidad y paternidad insertos en la cultura prehispánica, o en la católica, heredada de nuestro pasado virreinal; historias que rastreen la construcción de instituciones de salud pública como hospitales, hospicios u orfanatos inspirados por la caridad cristiana y, más tarde, por las políticas del Estado moderno revolucionario; experiencias en torno a los cuidados –o a los descuidos– cotidianos experimentados por las poblaciones de migrantes que han tenido que cruzar

diversas fronteras; historias sobre los cuidados –o falta de los mismos– hacia poblaciones vulnerables u olvidadas históricamente, como han sido las comunidades de afrodescendientes en el México contemporáneo; historias que reconstruyan la manera en que los pobladores originarios de nuestro país han cuidado su entorno y sus recursos naturales a lo largo del tiempo. También, historias sobre los cuidados espirituales, no solamente en el periodo virreinal, en donde es posible reconstruir las estrategias eclesiásticas institucionales que buscaron garantizar el cuidado de la salud del alma, sino también historias que expliquen la importancia de los cuidados espirituales que enfermeras y enfermeros del México moderno han tenido que ofrecer a sus pacientes en épocas contemporáneas. En cuanto a las historias de cuidados y el Estado de Bienestar y los derechos humanos, hay mucho que escribir sobre las políticas públicas de justicia social que el Estado posrevolucionario intentó construir para cuidar y garantizar los derechos humanos de la ciudadanía del México contemporáneo. En cuanto a la historia del cuerpo y los cuidados, los historiadores culturales interesados en la geografía mexicana tienen un campo amplio y poco explorado, en temas como los cuidados medicinales de las comunidades originarias cuya relación emocional con el cuerpo se ha construido desde particularidades históricas y culturales muy diferentes a las occidentales.

La lista es larga, y esto es apenas una invitación para abrir brecha en un campo de estudio en el que los historiadores tenemos mucho por hacer. Efectivamente, como es fácil imaginar, la lista de líneas de investigación que se ha ofrecido en estas páginas es, evidentemente, esquemática, limitada y breve, pero sólo constituye un mínimo ejemplo del enorme universo que se abre ante los historiadores de las emociones interesados en reconstruir imaginarios, prácticas, saberes, estrategias, representaciones, formas de relación, construcción de instituciones públicas, objetos y cultura material que a lo largo del tiempo han alimentado nuestras experiencias cuidadoras o que han surgido de nuestras necesidades históricas de cuidar y ser cuidados. La lista de posibilidades es enorme y puede nutrirse en función tanto de las realidades

históricas, como las presentes que nos aquejan, y que requieren de herramientas de análisis, de conceptos teóricos y metodológicos útiles para estudiar el pasado, necesarios también para comprender los riesgos y amenazas que ponen en peligro nuestro presente y nuestro futuro.

Ahora bien, es muy importante señalar que la invitación que se ha abierto en estas páginas no parte de una visión idealizada o de una concepción ingenua de los cuidados; sería absurdo e irresponsable hacer una exhortación intelectual que pudiera caer en las simplezas del “piensa positivo”. El propósito de esta conminación a hacer historias emocionales de la dimensión de los cuidados para la vida y el bien común parte de un lugar muy distinto. Sin duda alguna, pensar en los conceptos de cuidar o de ser cuidado requiere incluir de inmediato el factor de su complejidad. Y es que no existe actividad humanas más complejas que la de cuidar la vida, cuidarse a uno mismo y cuidar a los demás. En ese sentido, los historiadores interesados en estas experiencias humanas deberán incluir en sus explicaciones las contradicciones, ambivalencias y tensiones propias de esta dimensión de la vida en sociedad.

Como cualquier historia de las emociones, las historias de las prácticas, saberes, representaciones e identidades cuidadoras deben contemplar, siempre, las relaciones de poder inmersas en ellas. Porque tal, como ha señalado Sara Ahmed en muchos de sus extraordinarios trabajos, todas las experiencias sensibles están cruzadas por la construcción de jerarquías, distribución de privilegios, reconocimiento político y social de autoridades y expresiones de prestigio. Sin duda, para hablar del cuidado –o de los cuidados– desde una perspectiva histórica compleja, también es necesario advertir y reconstruir aquellas situaciones en que éstos pudieron dar origen a abusos de poder, a formas de explotación, a expresiones de autoritarismo, a justificación de injusticias, coartación de libertades, mecanismos de vigilancia y de control, imposición de roles y generación de prejuicios y estereotipos, por mencionar sólo algunos ejemplos de las expresiones oscuras de la dimensión de los cuidados. Reparar en las sombras de esta experiencia humana es la única forma de

ofrecer historias que aporten herramientas de análisis verdaderamente útiles y complejas, lejanas a la ingenuidad o a la edulcoración de esta dimensión de la vida y de las realidades pasadas.

Más allá de poner atención en la parte menos luminosa de los cuidados, lo cierto es que escribir historias sensibles sobre experiencias y necesidades pasadas, en donde éstos estuvieron en el centro de la vida, será de enorme importancia para nutrir nuestras capacidades de resiliencia, nuestras habilidades para encontrar solución a nuestros múltiples problemas y retos y, sobre todo, estas historias sensibles en torno a los cuidados de la vida y el bien común serán indispensables para alimentar nuestra esperanza.

Fue Peter Burke quien, en su artículo de 2012 “¿Tiene la esperanza una historia?”, recordaba las siguientes líneas del poeta inglés Alexander Pope: “La esperanza brota eterna en el pecho humano. El hombre nunca es, pero en cambio, siempre es bendecido. El alma, inquieta y confinada en casa, descansa y se explaya en una vida por venir”. En efecto, para los seres humanos, la esperanza suele ser una geografía emocional, donde es posible experimentar alivio y descanso. Sin embargo, más allá de su diversidad, cuando las personas la experimentan, el futuro se libera de riesgos y de amenazas inevitables, para llenarse de posibilidades y oportunidades infinitas.

A decir de Burke, los historiadores de las emociones deberían hablar de esperanzas en plural y no de una única manera de vivir dicha emoción. Esto, porque como toda experiencia emocional, la esperanza –o las esperanzas– de cada sociedad, cada época y cada grupo o sujeto que las siente son diversas y distintas. Cuando uno intenta imaginar momentos en que la humanidad ha podido recuperar las esperanzas o construir otras nuevas, es fácil incluir la presencia de sensaciones y emociones comunes vinculadas con la experiencia de sentirse atendido, acompañado, contenido, protegido, es decir, cuidado.

Sin duda, cuidados y esperanzas han ido comúnmente de la mano en la historia de la humanidad. Si como dice Peter Burke, los historiadores de este nuevo siglo podemos rastrear

y reconstruir la manera en que los seres humanos de cada sociedad y cada tiempo han sido capaces de imaginar sus esperanzas, también es posible afirmar que los historiadores de lo sensible podemos reconstruir la forma en que las personas de otras épocas han logrado cuidarse, a sí mismas y a otros, para con ello abrir horizontes esperanzadores. Insiste Burke en que a lo largo del tiempo han existido tradiciones históricas de esperanza muy diferentes entre sí, es decir, horizontes esperanzadores que han ido cambiando o que se han ido reconstruyendo a lo largo del tiempo.

Hoy, después del covid-19, y en medio de las constantes amenazas o sentimientos de incertidumbre generadas por el cambio climático, por la emergencia de muchas nuevas formas de violencia, por la muerte y la destrucción de las guerras, el hambre, los desplazamientos forzosos o la desigualdad; en medio de infinidad de expresiones de odio, discriminación y descalificación de las otredades; rodeados de nuevos dilemas éticos producidos por la presencia de una inteligencia artificial aún poco comprendida, pero ya dominante en muchos ámbitos de la vida humana; la necesidad de construir nuevas esperanzas parecería urgente. Ciertamente, en nuestro mundo actual estamos ávidos de contar con nuevos horizontes que nos permitan volver a confiar en los demás, que hagan posible recuperar la fe en nosotros mismos y en que nuestras acciones, por pequeñas que sean, sí pueden hacer la diferencia para construir un mundo mejor.

Efectivamente, seguir a Joan Tronto e intentar poner al centro de nuestras vidas al cuidado nos puede abrir un nuevo horizonte de compasión, empatía, corresponsabilidad, convivialidades pacíficas, respeto por los bienes comunes, reconocimiento de la dignidad humana, búsqueda de bienestar y de paz. Por ello, los historiadores de las emociones tenemos la responsabilidad moral de restablecer, en la memoria de nuestras sociedades, aquellas experiencias cuidadoras que nos permitan comprender mejor qué podemos recuperar, reproducir de nuestras antiguas formas de cuidados pasados y qué debemos evitar para no volver a olvidarnos de la imperiosa necesidad de cuidar.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Cuando los diez jóvenes florentinos del *Decamerón* de Boccaccio decidieron retirarse a su villa de campo en busca de aire fresco en medio de la tempestad de la Peste Negra, lo que emergía entre ellos era, en realidad, la necesidad de cuidarse de los riesgos que amenazaban su integridad física, emocional y espiritual. Al parecer, y de acuerdo con el autor renacentista, su estrategia de supervivencia fue exitosa, al menos durante los diez días que duró su feliz aventura. Y es que durante aquel retiro campirano, Pampinea, Fiammeta, Filomena, Emilia, Laureta, Neifile, Elissa, Pánfilo, Filóstrato y Dioneo lograron recuperar la risa, el deseo, el placer, la tranquilidad y la confianza en el eros de la vida. Nadie podría haberles advertido a ellos, ni a Boccaccio, que al dolor, al sufrimiento y a la desolación de una de las peores tragedias vividas por la población del continente europeo hasta entonces, habrían de sobrevenirles los sueños de las utopías de Moro y Campanella, los deseos de renovación moral propios de los movimientos reformistas de Erasmo o Lutero, así como el surgimiento de esa nueva fe en el ser humano que caracterizó a la sensibilidad europea del siglo XVI occidental. No niego aquí otras posibles expresiones sensibles menos felices, pero también muy propias de los imaginarios renacentistas occidentales, como la ya mencionada sensación de supremacía racionalista, europea y blanca, cuyos efectos fueron devastadores y funestos a largo plazo para otras latitudes del planeta. Lo único que quiero enfatizar en este momento es que, no obstante las fuertes sensaciones de pesimismo y desolación que se experimentaron en la Europa del siglo XIV, la historia de las emociones testimonia que, como muchas otras personas que vivieron en distintas ciudades europeas de la Temprana Edad Moderna, en la Flo-

rencia de Boccaccio muchos de sus habitantes fueron capaces de sobreponerse al miedo, al dolor, la soledad de la muerte y la tristeza, y lograron recuperar su capacidad para sentir de nuevo la ilusión y la esperanza en la vida.

La propuesta de investigación que planteo en este libro es una invitación a que las y los historiadores de las emociones del siglo XXI se animen a recorrer nuevos caminos para rastrear y reconstruir los muy diversos horizontes culturales que, en diferentes momentos y latitudes, permitieron imaginar que el futuro por venir podía ofrecer algo mejor que el presente. Reparar en el cuidado –en los cuidados– y en las constelaciones de emociones, para usar el concepto del historiador Rob Boddice, que han gravitado a su alrededor en diferentes momentos y espacios históricos puede abrir una ruta original, sugerente y, sobre todo, muy útil para construir nuestros propios horizontes de esperanzas, en un mundo urgido de ellas.

Después el confinamiento masivo global a causa del covid-19, la humanidad del siglo XXI atraviesa una de las peores crisis de la historia contemporánea. Nadie negaría que, tras la conmoción existencial que ha significado la emergencia de la pandemia, nuestro universo sensible integró nuevas experiencias cotidianas de odio, miedo, cansancio, dolor, soledades, confusión, desconexión de los otros –y de nosotros mismos– y una profunda sensación de desorientación. Sin embargo, y a pesar de lo difícil y cuesta arriba que a veces pueda parecer el presente, sería completamente inadmisibles darnos por vencidos y perder el derecho a construir y recuperar nuestras esperanzas. Porque tal como ha señalado Darrin McMahon, son muchos los momentos históricos que nos muestran que los seres humanos siempre hemos sido capaces de volver a conectarnos con la vida, la empatía, la confianza, la ayuda mutua, el alivio a los demás, la contención, el diálogo pacífico, la convivencialidad respetuosa, el placer de asumir nuestras interdependencias y la defensa del bien común. Ha sido precisamente eso, y sólo eso, lo que no obstante todos los peligros, amenazas y riesgos existenciales, nos ha permitido sobrevivir a lo largo del tiempo.

Hoy más que nunca los historiadores, y especialmente los historiadores de las emociones, tenemos una gran responsabilidad social: recordar, desde nuestras investigaciones, el derecho a cuidar y a ser cuidados, mostrar, desde nuestras explicaciones del pasado, las experiencias sensibles de ese ejercicio doble y vital. Para ello, los estudiosos de la dimensión cultural, histórica y social de los afectos tenemos que recurrir forzosamente a la transdisciplina, pues el estudio histórico del cuidado requiere de investigaciones complejas que expliquen la realidad pasada desde su entramado político, económico, social y cultural. Sólo de esa manera y sumando fuerzas podremos ofrecer, desde la historia, nuevas herramientas epistemológicas, teóricas y metodológicas capaces de brindarnos, desde el pasado, posibles horizontes de nuevas esperanzas presentes y futuras para todas y todos los que habitamos nuestro planeta Tierra.

GLOSARIO DE TÉRMINOS ÚTILES EN EL CONTEXTO

Experiencia. Comprende todo aquello que un sujeto específico ha vivido y ha llenado de sentido a lo largo de su existencia. Esto incluye lo que una persona siente en y con el cuerpo, lo que percibe, comprende, explica, introyecta y dota de significado. De acuerdo con lo que explica Rob Boddice, la experiencia es el vínculo entre el cuerpo, la mente y el mundo. En ese sentido, la experiencia se construye histórica, cultural y biológicamente.

Cartesianismo. Es la doctrina filosófica, científica y matemática de Rene Descartes y de algunos de sus discípulos que siguieron sus ideas y fundaron nuevas escuelas filosóficas entre los siglos XVII y XVIII. El cartesianismo defendió el racionalismo, la idea del funcionamiento de la naturaleza como una gran maquinaria y la existencia de leyes universales con las que se puede explicar dicha máquina. También defendió la idea de la dualidad entre el cuerpo y el alma.

Neurociencias. Es el estudio transdisciplinar del sistema nervioso y del funcionamiento de las redes neuronales en todo el cuerpo para comprender mejor cómo se producen los procesos fisiológicos vinculados con las emociones, los pensamientos y las conductas afectivas. Las neurociencias buscan promover la salud mental y emocional de las personas. Entre las disciplinas que las conforman se encuentran la biología, la fisiología, la medicina y la psicología.

Uillaje mental. Concepto acuñado por Lucien Febvre, padre de la historia de las mentalidades, para referirse a las herramientas o instrumentos cognitivos que permitían pensar o sentir ciertas cosas en una época o cultura específica. Se trata de uno de los primeros conceptos teóricos para estudiar las emociones desde la historia. De acuerdo con Febvre, el utillaje mental era el conjunto de categorías para percibir el mundo con los sentidos, para conceptualizar ciertas ideas y expresar algunas palabras.

Cultura material. Se refiere a todos los objetos, artefactos, utensilios, herramientas o artículos suntuarios de uso y circulación cotidianos en una sociedad específica. En todas las épocas, las personas se han vinculado con las cosas que les rodean y las han dotado de valor económico y simbólico. El consumo, la producción de deseos y de mercados donde se obtienen ciertos objetos es parte de la cultura material de toda sociedad.

Comunidad emocional. Concepto acuñado por Barbara Rosenwein, quien habló de las comunidades emocionales como sistemas de sentimiento o grupos de personas que comparten una sensibilidad o que significan y valoran ciertas emociones de forma parecida. Las comunidades emocionales comparten un sentido común y orientan muchas de sus acciones y vínculos a partir de la percepción y experiencia afectiva que une a sus miembros. Hoy en día es importante rastrear las tensiones o contradicciones que pueden existir dentro de una misma comunidad emocional para no hacer generalizaciones que den una idea equivocada de las realidades culturales e históricas.

Habitar. Es la acción de ordenar y significar los espacios mediante la apropiación emocional y sensible de los mismos. Siguiendo a Angela Giglia, la manera en que las personas habitamos los espacios siempre habla de los vínculos, las relaciones y los afectos que experimentamos dentro de ellos. Los espacios se habitan, y con ello, se vuelven personales, propios, únicos. Cuando esto ocurre, los espacios se llenan de atmósferas emocionales dentro de las que se viven ciertas prácticas, hábitos, costumbres, y en ellas se experimentan anhelos, deseos o sueños.

Regímenes emocionales. Este concepto fue acuñado por William Reddy, quien habló de un régimen emocional como el conjunto de normas emocionales, prácticas, rituales y *emotives* en los que se sostiene todo régimen político estable. Para Reddy, los sujetos “navegan” a través de dichos regímenes emocionales, a veces con mayor o con menor libertad, dependiendo de las normativas y reglas que fundamentan la estabilidad de cada régimen emocional.

Emotives. Otro de los conceptos claves de la historiografía clásica de las emociones. Su autor también es William Reddy, quien define a los *emotives* u “objetivos emocionales” como los códigos o expresiones verbales utilizadas para manifestar ciertas emociones. Para Reddy, los *emotives* tienen un efecto real sobre

las propias experiencias afectivas y no se quedan nunca en el plano discursivo.

Emocionología. Uno de los primeros conceptos teóricos acuñados por Peter y Carol N. Stearns: la *emotionology* es el estudio de las normas emocionales en las que se enmarcan las experiencias sensibles de ciertos grupos humanos. De acuerdo con estos estudiosos, los historiadores deben reconstruir los cambios históricos que sufren dichas normativas a lo largo del tiempo y en cada sociedad.

Atmósfera emocional. Este concepto se refiere a la percepción sensible de un espacio emocional construido mediante un conjunto de elementos como son diversos estímulos sensoriales, objetos, vínculos con las personas o seres vivientes que lo habitan, recuerdos, memorias, experiencias posibles, símbolos, representaciones e imaginarios que se evocan dentro de él. Las atmósferas emocionales se construyen a partir de la relación entre los espacios, los sujetos que los habitan, sus afectos individuales y colectivos, y sus cuerpos y sentidos.

Acuerpar. En inglés, *embodiment*. Se entiende por acuerpar el hecho de introyectar, alojar o depositar en el cuerpo experiencias emocionales, sensibles, intelectuales, cognitivas que se graban en la memoria corporal de las personas y que se vuelven constitutivas de la identidad de las mismas. Las percepciones que llegan al cuerpo y se traducen con él quedan acuerpadas en la persona.

AUTORES MENCIONADOS Y BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA

- Achim, Miruna, *El aliento de las piedras verdes: historias globales del jade* (Ponencia en video), 10 de octubre de 2022 (<https://www.youtube.com/watch?v=o6RtjWRqK-0>). Consulta: 10 de octubre de 2022.
- Ahmed, Sara, *Strange Encounters. Embodied Others in Post-Coloniality*, pról. Lynne Pearce y Maureen McNeil, Londres y Nueva York, Routledge, 2000.
- Barclay, Katie, *The History of Emotions: A Student Guide to Methods and Sources*, Londres, Bloomsbury, 2020.
- Bavel, Bas Van, Curtis, Daniel R., Dijkman, Jessica, Hannaford, Matthew, Keyzer, Maïka de, Onacker, Eline van, Soens, Tim, *Disasters and History: the Vulnerability and Resilience of Past Societies*, Cambridge, Cambridge University Press, 2020.
- Bjerg, María, “Una genealogía de la historia de las emociones”, *Quinto Sol*, Universidad Nacional de la Pampa, Instituto de Estudios Socio-Históricos, Santa Rosa, La Pampa, vol. 23, n. 1, enero-abril 2019, p. 1-20.
- Boddice, Rob, Smith, Mark, *Emotion, Sense, Experience*, Cambridge, Cambridge University Press, 2020.
- Bolufer, Mónica, “La realidad y el deseo: formas de subjetividad femenina en la época moderna”, María José de la Pascua, María Rosario García-Doncel y Gloria Espigado (eds.), *Mujer y deseo. Representaciones y prácticas de vida*, Cádiz, Universidad de Cádiz/Instituto Andaluz de la Mujer, 2004, p. 357-382.
- Blutrach, Carolina, Bolufer, Mónica, Gomis, Juan, (eds.), *Educación los sentimientos y las costumbres. Una mirada desde la Historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014.
- Braudel, Fernand, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, 3 vol., pról. Felipe Ruiz Martín, trad. Isabel Pérez-Villanueva Tovar, Vicente Bordoy Hueso y Néstor Miguez, Madrid, Alianza Editorial, 1984.

- Burke, Peter, "Does Hope Have a History?", *Estudios Avanzados*, Universidad de São Paulo: Instituto de Estudios Avanzados, São Paulo, vol. 26, n. 75, 2012, p. 207-218.
- Douglas, Mary, *Risk and Blame. Essays in Cultural Theory*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992.
- Àries, Philippe, Duby, Georges, (dir.), *Historia de la vida privada*, 5 vol., trad. Francisco Pérez Gutiérrez, Madrid, Taurus, 1987-1989.
- Escalante, Pablo, "El llanto de los antiguos nahuas", en *Nexos*, Volumen 186, México, 1993.
- Escalante, Fernando, *La mirada de Dios. Estudios sobre la cultura del sufrimiento*, México, Buenos Aires y Barcelona, Paidós, 2000.
- Epalza, Mikel, "Notas sobre la etimología árabe-islámica de 'riesgo'", *Sharq Al-Andalus. Estudios Árabes. Anales de la Universiad de Alicante*, Universidad de Alicante: Departamento de Filologías Árabe, Catalana y Francesa, Alicante, n. 6, 1989, p. 185-192.
- Febvre, Lucien, "La sensibilité et l'histoire: Comment reconstituer la vie affective d' autrefois?", *Annales d'histoire sociale (1939-1941)*, Cambridge University Press, Cambridge, vol. 3, n. 1-2, enero-junio 1941, p. 5-20.
- Geertz, Clifford, "El sentido común como sistema cultural", *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, trad. Alberto López Bargados, Barcelona, Buenos Aires y México, Paidós, 1994, p. 93-116.
- Giglia, Angela, *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*, México, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2012.
- Gilligan, Carol, *La ética del cuidado*, Barcelona, Cuadernos de la Fundación Víctor Grícols i Lucas 30, 2013.
- Kearney, Richard, *Anatheism. Returning to God After God*, Nueva York, Columbia University Press, 2011.
- Mairal Buil, Gaspar, *Historia cultural del riesgo. Imaginar el futuro antes de la modernidad*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2022.
- Matt, Susan, Stearns, Peter (ed.), *Doing Emotions History*, Champaign, University of Illinois Press, 2014.
- McMahon, Darrin (ed.), *History and Human Flourishing*, Nueva York, Oxford University Press, 2022.

- Morris, George, “Intimacy in Modern British History”, *The Historical Journal*, Cambridge University Press, Cambridge, vol. 63, n. 3, junio 2021, p. 796-811.
- Moscoso, Javier, Zaragoza, Juan Manuel, “Comunidades emocionales y cambio social”, *Revista de Estudios Sociales*, Universidad de Los Andes, n. 62, octubre 2017, p. 2-9.
- Labanyi, Jo, “Doing Things: Emotions, Affect, and Materiality”, *Journal of Spanish Cultural Studies*, Routledge/Taylor and Francis Group/Centre for Iberian and Latin American Visual Studies, Londres, vol. 11, n. 3-4, septiembre-diciembre, 2010, p. 223-233.
- Noddings, Nel, *Caring: A Relational Approach to Ethics and Moral Education*, Oakland, University of California Press, 2013.
- Pagliai, Paolo, *Seminario Cuidados para la Vida y el Bien Común. “Cuidados y sociedad”*. Charla en video, 18 de mayo de 2022 (<https://www.youtube.com/watch?v=x-DJMV0ssR0>). Consultado: 18 de mayo de 2022).
- Plamper, Jan, “The History of Emotions. An Interview with William Reddy, Barbara Rosenwein, and Peter Stearns”, *History and Theory*, Wesleyan University/Wiley, vol. 49, n. 2, mayo 2010, p. 237-265.
- Ramos Torre, Ramón, García Selgas, Fernando J. (ed.), *Incertidumbres en las sociedades contemporáneas*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2020.
- The Care Collective (Chatzidakis, Andreas, Hakim, Jamie, Littler, Jo, Rottenberg, Catherine, Segal, Lynne), *Manifiesto de Cuidados. La política de la interdependencia*, trad. Javier Sáez del Álamo, Manresa, Bellaterra Edicions/Biblioteca Ciudadana, 2021.
- Reddy, William M., *The Navigation of Feeling. A Framework for the History of Emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- Rosenwein, Barbara y Riccardo Cristiani, *What is the History of Emotions*, Cambridge, Polity, Press, 2017.
- Rottenberg, Catherine, *The Rise of Neoliberal Feminism*, Oxford, Oxford University Press, 2018.
- Stearns, Carol, Stearns, Peter, “Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards”, *The American Historical Review*, American Historical Association, vol. 90, n. 4, octubre, 1985, p. 813-936.



- Scheer, Monique, “Are Emotions a Kind of Practice (And Is That What Makes Them Have a History)? A Bourdieuan Approach to Understanding Emotion”, *History and Theory*, Wesleyan University/Wiley, vol. 51, n. 2 mayo 2012, p. 193-220.
- Viqueira, Juan Pedro, “Los historiadores y la diversidad social”, *Istor. Revista de historia internacional*, Centro de Investigación y Docencia Económicas, México, año 15, n. 63, 2015, p. 75-110.
- Zemon Davies, Natalie, *Pasión por la Historia: Entrevista con Denis Crouzet*, trad. Anaclét Pons y Justo Serna, Valencia y Granada, Universidad de Valencia/Universidad de Granada, 2006.

**Historia de las emociones
para una nueva era:
cuidados, riesgos y esperanzas**

de Estela Roselló Soberón

editado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM,
se terminó de imprimir en offset el 7 de diciembre de 2023
en los talleres de Gráfica Premier, S.A. de C.V.,
5 de febrero 2309, San Jerónimo Chicahualco, C.P. 52170,
Metepc, Estado de México.

La formación tipográfica en tipos MorePro y Barlow
fue realizada por Ónix Acevedo Frómata.

La edición, en papel Bond ahuesado de 90 g, consta de 1000 ejemplares
y estuvo al cuidado de Ónix Acevedo Frómata.

La corrección de estilo a cargo de
Ónix Acevedo Frómata y Mari Carmen Sánchez Uriarte



Históricas Comunicación Pública es una serie que ofrece a públicos no especializados productos históricos de calidad, textos originales y rigurosos sobre temáticas generales.

Vivimos en un mundo convulso, incierto, en el que todo parece estar en movimiento: cambian nuestras identidades, las relaciones con nosotros mismos, con los que nos rodean, con el entorno, el Medio Ambiente y con las otras especies; nuestras concepciones del poder y la autoridad, nuestras responsabilidades y derechos también se redefinen.

Al mismo tiempo, también se transforman nuestras ideas, valores y creencias en torno a la familia, a la vida en comunidad, al sentido de la libertad o de la individualidad.

Hoy, los seres humanos buscamos nuevos horizontes de sentido, nuevas rutas para el cambio y nuevos medios que nos permitan transitar hacia otro sitio, si bien aún desconocido. En dicha búsqueda, son muchos quienes intentan emprender recorridos que nos alejen de los naufragios seguros, caminos que nos aparten de las violencias, del odio, la discriminación, la marginación y que en su lugar, nos permitan imaginar la posibilidad de construir un mundo más incluyente, más justo, más equitativo en el que haya un sitio digno para todos.

Allí, en esa nueva búsqueda de sentidos y significados para reorientar la vida en el siglo XXI, es donde se inserta la importancia de hacer historia de las emociones y la experiencia hoy.

historicas.unam.mx

ISBN 978-607-30-8467-3



9 786073 084673 >



INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



DEBATES
HERRAMIENTAS